

JOYAS DE LA MÍSTICA ESPAÑOLA



LOS CAMINOS
DE LA PERFECCIÓN

POR

FRAY JERÓNIMO GRACIÁN

Director espiritual de Santa Teresa.



MADRID

LA ESPAÑA EDITORIAL

Cruzada 4, bajo dcha.

LA ESPAÑA EDITORIAL

EXTRACTO DEL CATÁLOGO

PESETAS

ARTE

Rúst. Tela.

ARTEAGA (E.)— La belleza ideal.	3	4
BALART (Federico).— El pro- saismo en el arte.....	3	4
BAYET (C.)— Historia del arte. Con 113 grabados.....	4	5
CHAMPEAUX (A.)— El mobiliario. Dos tomos con 182 grabos.	8	10
CHESNEAU (E.)— La pintura in- glesa. Con 110 grabados.....	4	5
DUVAL (M.)— Anatomía artis- tica. Con 81 grabados.....	4	5
JIMENO DE LERMA (Ildefonso).— El canto litúrgico y el ór- gano.....	5	6
LAVOIX (H.)— Historia de la música. Con 139 grabados...	4	5
LEFEBURE (E.)— El bordado y los encajes. Con 118 grabos...	4	5
LEFORT (P.)— Historia de la pintura española. Con 113 grabados.....	4	5
LESSING (G. E.)— La poesía y las artes plásticas.....	2	2'50
MÉLIDA (J. R.)— Historia del arte griego. Con 100 grabos..	4	5
— Historia del arte egipcio. Con 62 grabados.....	4	5
MUNTZ (E.)— La tapicería. Con 92 grabados.....	4	5
PARIS (P.)— La escultura an- tigua. Con 184 grabados.....	4	5
PILO (M.)— Estética integral.	3	4
— La música.....	2	2'50
SCHLEGEL (A. G.)— Teoría é historia de las Bellas Artes	2	2'50
Velázquez (Su vida y sus obras). Con un auto retrato y 26 repro- ducciones de sus cuadros.....		0'60

LOS CAMINOS DE LA PERFECCIÓN

F. 141209
C. 71455815

JOYAS DE LA MISTICA ESPAÑOLA



LOS CAMINOS
DE LA PERFECCIÓN

POR

FRAY JERÓNIMO GRACIÁN

Director espiritual de Santa Teresa



MADRID

LA ESPAÑA EDITORIAL

Cruzada 4, bajo dcha.

Es propiedad de los Edi-
tores.

Queda hecho el depósito
que marca la ley.

MADRID.—Imp. de Felipe Marqués,
Madera 11, bajo.



R. 148895



INTRODUCCIÓN

De las tres vias, purgativa, iluminativa y unitiva. Qué sean; su origen; y cómo se camina por ellas.

Via es lo mismo en latín que camino, y llámase vía la distancia que hay del pueblo de donde partimos al pueblo donde vamos. Nuestra alma parte, ó por mejor decir, se aparta del pecado, y despues de esta vida llega á la gloria, y estando en ella camina á la perfeccion, que es el supremo

bien que puede alcanzar vi-
viendo. Camina con dos pies,
que son entendimiento y vo-
luntad; los pasos que da son
pensamientos y deseos. Y en
toda esta distancia, desde el
pecado á la perfeccion, hay tres
vías ó caminos, más dificulto-
sos de entender y obrar que el
camino de *la culebra sobre la
piedra, y de la nao sobre el
mar, y del águila cuando sube
al cielo*, de que hace mencion
el sabio Rey.

La primera vía ó camino se
llama *purgativa*, porque en
ella se purga y limpia el alma
del pecado, y alcanza pureza.

La segunda *iluminativa*, con

que se alumbra el alma de la ignorancia, y alcanza luz.

La tercera *unitiva*, con que sale de la frialdad y tibieza de corazon, y alcanza el fin de amor, que es unir y juntarse con Dios.

Es la vía purgativa como la que hace la culebra sobre la piedra, cuando deja el cuero viejo y se remoza; la iluminativa, como la que hace la nao sobre las aguas de la sabiduría; y la unitiva, como la del águila cuando sube á lo alto de la perfeccion: porque en el discurso que el alma lleva en esta vida lo que pretende es pureza, luz y amor.

Y para mayor declaracion de esto y del origen de estas tres vías, se advierte que así como Dios es uno en esencia y tres personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y antes que criase las almas estaban todas en él, como está la casa en la mente del artífice antes que la fabrique, así allí las almas estaban con pureza, porque eran la misma esencia purísima de Dios, segun aquellas palabras de San Juan, *lo que se hizo en Él, era vida*; y estaban entendidas y alumbradas con la luz infinita de Dios, pues que el Verbo divino (que es el Hijo) procede del Padre por vía

de entendimiento y conocimiento de su esencia y de las criaturas; y tambien estaban amadas con el mismo amor con que el Padre y el Hijo, amándose, espiran el Espíritu Santo. Y cuando Dios crió las almas, las ordenó para el fin de la gloria, la cual consiste en tres partes: la primera, pureza, que, segun dice San Juan, *ninguna cosa manchada entrará en la gloria*; la segunda, vision de la divina esencia; y la tercera, fruicion y gozo en el amor.

De aquí es que á nuestra alma racional, criada de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo,

y que antes que la criase estuvo en su esencia por pureza, luz y amor, y la crió para alcanzar la gloria donde hay pureza, vista de Dios y gozo de amor, dió el Señor tres potencias: memoria, entendimiento y voluntad. Y porque de su naturaleza son flacas estas tres potencias, las fortalece con tres sobrenaturales virtudes, esperanza, fe y caridad, mediante las cuales virtudes camina para alcanzar la verdadera y suma pureza, la luz y el amor. Y los caminos ó vías por donde camina, se llaman purgativa, con que se alcanza la pureza, confiando en Dios

con memoria de los pecados pasados, y se viene á gozar de la pureza del cielo, y á juntar con Dios Padre en suma pureza; la segunda, iluminativa, con que se alcanza la luz, fortificando el entendimiento la fe para llegar á ver la divina esencia, mediante la luz del Verbo divino, que es el Hijo de Dios; la tercera es la vía unitiva, con que se adquiere el amor y se perfecciona la voluntad con la caridad de Dios, y llega el alma á gozarse con él en amor, de quien fué amada en el Espíritu Santo. Y este es el origen y raíces de las tres vías.

El hombre que vive en estado de gracia, ejercita tres vidas, conviene á saber: vida activa, con que hace obras de virtud, principalmente las de la penitencia con que se purifica; vida contemplativa, empleándose en considerar y conocer las cosas divinas; vida unitiva, que es vida de amor. Estas tres vidas son comparadas á Marta, María Magdalena, y María Virgen. Tambien es de advertir, que todos los que sirven á Dios están en buen estado; y son tres estados éstos, conviene á saber, estado de principiantes, de aprovechantes y de perfectos, así

como en la Gramática hay menores, medianos y mayores. Pues discurriendo de estas vidas y estados á las vías, la vía purgativa corresponde (por la mayor parte) á la vida activa, y al estado de los principiantes; la vía iluminativa es de los de la vida contemplativa, y de los aprovechantes; la vía unitiva de los que viven con vida perfecta, y están en estado de perfectos.

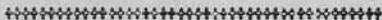
Pero es mucho de notar, que estas tres vías no son de tal manera apartadas la una de la otra, que el que va caminando por la vía purgativa no participe tambien de la iluminati-

va; pues es imposible que vaya haciendo penitencia de pecados el que no considerare la gravedad de ellos, y la grandeza de Dios ofendido, y esta consideracion pertenece á la vía iluminativa, y la contricion es por Dios sumamente amada, que es de la vía unitiva: y así se van mezclando las demás vías entre sí.

Tambien se advierte, que estas tres vías y caminos no son como otros caminos continuados, en los cuales quien ha de llegar al uno ha de haber caminado y pasado toda la distancia del otro: que no es menester que quien ha de entrar

en la vía iluminativa haya pasado toda la vía purgativa; ni el que entra en la unitiva, que haya andado toda la iluminativa, porque á los principios de la vía purgativa, se ejercita el alma, considerando que es obra de la iluminativa, y en la iluminativa ama, y en la unitiva contempla y se purifica, etc. Finalmente se advierte, que una cosa es caminar por donde el alma se guía (ayudada de Dios), otra cosa es por donde lleva Dios á las almas que él quiere y como quiere; porque el ordinario, por donde las almas caminan, es haber andado buen espacio

en la vía purgativa, antes de entrar en lo bueno de la iluminativa. Mas Dios no guarda muchas veces el orden en hacer mercedes, sino que de repente lleva á San Pablo desde el ser perseguidor de la Iglesia hasta lo supremo de la vía iluminativa, dándole tanta luz en el rapto con que vió cosas tan altas y escondidas *quae non licet homini loqui*. Y á la Magdalena, desde el estado de grandes pecados la sube en la vía unitiva tan alto que *dilexit multum*.



CAPÍTULO I

En que se comienza á tratar de la vía purgativa, y se declara su primera jornada, que es la penitencia, dividida en contrición, confesion y satisfaccion.

1.—Contricion.

Es la contricion dolor de la voluntad por haber ofendido á Dios, amado sobre todas las cosas del mundo. Y digo dolor de la voluntad, que no es necesario que sea del cuerpo, como dolor de la cabeza, etc., ni dolor del apetito, como el que siente una madre que se

le ha muerto su hijo, que llora con ternura (aunque si hubiere este dolor, no es malo), sino dolor de la razon, que es aborrecimiento del pecado cometido, enojo é indignacion contra el pecado, y no querer haberle hecho con tristeza de haberle cometido, como tiene un avariento cuando pierde su hacienda, un soberbio cuando le afrentan y quitan su honra. Y digo dolor de los pecados, por ser ofensa de Dios; porque el que se duele del daño, ó le pesa de apartarse de la ocasion del pecado (como la mujer que se aflige y llora por haberse ausentado su galan), y con so-

las esas lágrimas se viene á confesar, no trae buena contricion.

Tres maneras hay de contricion. La primera, pequeña, flaca é ínfima, es en dos maneras: á la primera llaman los teólogos *attritio existimata contritio*, que es dolor, y no por ser el pecado ofensa de Dios, y aunque no es verdadera contricion, el alma piensa que lo es, y esta con el sacramento pone en estado de gracia; otra contricion hay flaca, que llega á ser verdadera contricion, pero es muy pequeña, tibia y fria: esta suerte de contricion es de principiantes. La

segunda manera de contrición es mayor que esta cuando el alma ve que ha ofendido á Dios, y le pesa y siente con mayor dolor el haber pecado, y esta es de los aprovechantes. La tercera, que es de los perfectos, es fervorosa, grande y perfecta, como tienen los siervos de Dios que le aman de todo corazón.

Nace de ordinario la contrición de la consideración de quien es Dios ofendido, y de la gravedad y fealdad del pecado, y de los daños que de él se siguen, como haber perdido la gloria, la gracia y otros bienes temporales, é incurrido en

pena de infierno, enemistad de Dios y de sus santos, y otros muchos daños, como infamias, pobreza, etc., que del pecado suelen nacer.

Quien quisiere caminar adelante, huya de tres barrancos y lazos que en esta primera parte de este primer camino suele poner el demonio. El primero es para los escrupulosos, que, como no sienten lágrimas y ternuras sensibles, paréceles que no tienen contrición de sus pecados y andan turbados, afligidos y melancólicos, y suelen caer en una desesperación que les impide caminar adelante. El segundo, un engaño de mu-

chos, que viendo que tienen gran tristeza y lágrimas, por el daño que les causó el pecado, se aseguran, pareciéndoles que es verdadera contrición; mas quédales allá dentro el deseo de volver al pecado que confiesan, como el que se hubiese acuchillado, y le duelen las heridas, y causan tristeza, mas quédale dentro del corazón el deseo de venganza. El tercero, de los que están caídos en alguna ocasión de pecado mortal, que, aunque se duelen y arrepienten de los pecados, no se arrepienten ni duelen ni salen de la ocasión, y así se quedan siempre en pe-

cado mortal, como los amancebados y enemistados, etc.

2.—Confesion.

Despues que el Señor sanó á los leprosos mandó *que se fuesen á mostrar á los sacerdotes*, dando por esto á entender que habiéndose puesto el alma en gracia por la verdadera contricion, es necesario confiese sus pecados, ofreciendo al Señor *los becerros de sus labios*, que dice el profeta Oseas, en sacrificio, y mostrándole *el rostro de su conciencia*

que le es muy agradable, como lo dice el Esposo.

Para que la confesion sea válida ha de tener tres condiciones. La primera que sea *entera*, sin que se deje de confesar ningun pecado ni circunstancia grave. En esta parte, caen muchos por tres barrancos que aquí estorban el camino. El primero es la *vergüenza*, que, por no sufrir afrenta en descubrir algun pecado, ó la malicia de él, ó el número de los pecados, dejan algunos de confesarse enteramente. El segundo es el *temor*, que, por miedo que no les manden restituir ó apartar de la ocasion

del pecado, ó que descubriéndose les venga algun daño, callan algunos sus culpas en la confesion. El tercero es *negligencia*, que, por no examinar bien su vida y pensar las faltas que han hecho, la confesion no es entera.

La segunda condicion es que sea con *dolor* y arrepentimiento de haber ofendido á Dios, como hemos dicho en la contricion.

La tercera *con propósito firme* de nunca más tornar á pecar, porque el que confiesa y lleva en el corazon de, en acabando de confesar, tornar á pecar, ó de no salir de las ocasio-

nes, ó no restituir ó satisfacer para salir del pecado, no lleva firme propósito de nunca más pecar.

Aquí estropiezan algunos escrupulosos, que, viéndose flacos en el resistir á las tentaciones, ó llenos de pasiones fuertes, ó de malas costumbres, con que tornan luego al vómito, piensan que cuando se confiesan no tienen propósito firme, pues luego tornaron á caer, y que las confesiones que han hecho no han sido válidas, y querian les dejasen hacer muchas confesiones generales. Pero aunque este tal conozca su flaqueza y poca perseveran-

cia, no por eso deja de tener propósito de no pecar cuando se confiesa, y esto basta, que por eso mandó el Señor á San Pedro, que no solamente absolviere del pecado *siete veces, sino setenta veces siete*. Otros caen más miserablemente en esta parte, dejándose de confesar, y quedando en sus pecados hasta que se endurecen en ellos por decir que para qué se han de confesar, pues luego han de caer en los mismos pecados: y con este engaño se han endurecido muchos.

Las otras condiciones de la buena confesion, cuando no son algunas de estas tres, ó causa

de ellas, son buenas, pero si alguna falta, no por eso deja la confesion de ser válida. Cuentan los sagrados doctores diez y seis. La primera, que sea sencilla y sin dobleces. La segunda, humilde y sin soberbia. La tercera, pura y no mezclada con historias impertinentes y pecados ajenos. La cuarta, á menudo y no muy de tarde en tarde. La quinta, desnuda y no ataviada de palabras retóricas y artificiosas. La sexta, discreta y no ignorante. La séptima, de buena gana y no por fuerza. La octava, vergonzosa y que no se vaya saboreando en los pecados que dice.

La nona, secreta: que al confesor obliga el secreto á gravísimo pecado, y los penitentes no hay para qué hagan conversacion de lo que confiesan. La décima, de presto y con resolucion. La undécima, con ánimo y no descaecidamente. La duodécima, echándose la culpa del pecado y no disculpándose. La décimatercia, yendo el alma aparejada para obedecer. En todas estas trece es bueno llevar cuidado que no falte por alguna de ellas una de las tres que hemos dicho, entereza, dolor y propósito firme de nunca más pecar.

3.—Satisfaccion.

Así como pecamos con pensamientos, palabras y obras, así hacemos penitencia con la contricion que está en el pensamiento, con las palabras de la confesion y con las obras de la satisfaccion.

Tiene la satisfaccion tres partes. La primera la que llaman *penitencia* impuesta por el confesor, y conviene cumplirla; porque algunas veces por menosprecio, descuido y olvido se deja de cumplir.

La segunda parte de la satisfaccion es la *restitucion*, por-

que no se *perdona el pecado si no se restituye lo que por él se ha quitado*. Quien debe hacienda, honra ó salud de alma ó cuerpo, procure restituir pagando la hacienda que debiera, volviendo por la honra que quitó de la manera que pudiere, y si hubiere dañado á su prójimo en la vida, ó salud, ó en el alma induciéndole á pecar, restitúyalo de la manera que la mandare el confesor: que hay muchos que por falta de restitucion se condenan.

La tercera parte de la satisfaccion es las asperezas del cuerpo, vigiliass, oraciones y limosnas, en que el alma se

ejercita, habiendo hecho *penitencia* para que Dios le perdone, y con ellas va satisfaciendo las penas que debe en purgatorio, ejercitándose para no tornar á pecar, y mereciendo gloria; y así es bien que se hagan con obediencia ó consejo de médico y confesor porque no sean dañosas á la salud, con discrecion y prudencia para que sean durables, y con espíritu y gracia divina para que sean meritorias.

Esta jornada de la penitencia que hemos dicho, es la principal de la vía purgativa y en que más suelen tropezar los pecadores.



CAPITULO II

De la segunda jornada de la vía purgativa, que es la mortificación con que el alma purga y expele de sí las demasias interiores, el amor propio, y las pasiones del apetito, la presuncion y soberbia y otros gustos interiores del espíritu.

1.—Mortificación exterior.

Tres maneras hay de mortificación, que son como tres leguas de esta parte de la vía purgativa. La primera, mortificación exterior, quita todas las demasias exteriores que pueden ser estorbo para ir á lo más perfecto; y así como estas de-

masias son de tres maneras, atavios del cuerpo, gustos de los sentidos, demasias de la lengua, así la mortificacion exterior es de tres maneras.

La primera, de las galas y atavios que hacen daño por el escándalo que causan en otros, ó la sensualidad á que mueven, ó el tiempo ó dinero que en ellas se gasta, que podria servir para otros negocios de Dios.

La segunda manera de la mortificacion exterior es de los sentidos, refrenando los ojos de vistas dañosas, el oido de palabras ociosas, el gusto de comer y beber demasiadamente, que estorba y embaraza al

espíritu, el olfato de olores delicados que despiertan los apetitos, y el tacto de cualquier deleite que sea incentivo de deshonestidad: que con este modo de mortificación se alcanza la modestia, recogimiento, ayuno, abstinencia y templanza, virtudes tan agradables á Dios, y tan necesarias para el camino de la perfeccion. Cuando Dios quiere hablar al corazón de su Esposa, llévala á la soledad, sácala de *Ur de Caldea*, para darle las divinas visiones, como sacó á Abraham; y de *Egipto*, para escribir su ley con los dedos en el corazón, como sacó á Moisés; de Sama-

ria, para subirla al monte, como á Elias; y de la casa de su padre y parientes, como á Jacob, para que alcance el desposorio de las dos vidas, activa y contemplativa, como él alcanzó á Lia y á Raquel: y esta renunciacion verdadera de todo lo superfluo de los sentidos, es verdadero camino de la perfeccion.

La tercera manera de mortificacion exterior, que no es menos necesaria que las demas, es refrenar la lengua, porque, segun se dice, *el que pensare que es religioso, y no refrena su lengua, de éste tal vana es la religion.* Conviene,

pues, quitar juramentos, maldiciones, murmuraciones, mentiras, calumnias, chismeras, palabras vanas ó provocativas: *pues de cualquiera palabra ociosa que los hombres hablabren, han de dar cuenta en el dia del Juicio.*

3.—Mortificacion interior.

La más principal y verdadera mortificacion de todas, es la de los apetitos, con que se refrena la sensualidad, degüella el amor propio y tienen á raya las pasiones, y se evitan muchas ocasiones y peligros

de pecar, y pecados veniales que de la falta de esta mortificación suelen nacer. Esta mortificación se hace con el examen de conciencia, en el cual examinamos el estado de nuestro interior, y las pasiones y apetitos que mas nos dañan para ir cercenando lo superfluo.

Lo segundo, con el aborrecimiento propio, que degüella el amor desordenado de nosotros mismos.

Lo tercero, con la resistencia á nuestras demasias, haciéndonos fuerza como pudiéremos, pues los que no se la hicieren, siendo valerosos sol-

dados, *no arrebataran el reino de Dios.*

Y asimismo tenemos tres maneras de enemigos interiores, que son como tres barrancos en que tropiezan las almas que van por este camino. El primero se llama amor propio desordenado, padre de las desordenadas pasiones, amor, aborrecimiento, deseo, retiramiento, alegría, tristeza, temor, atrevimiento, esperanza, desesperacion y la ira. El segundo enemigo es la vanidad con que el hombre se desvanece, preciándose sin razon de su linage, letras, hermosura, hacienda, dignidades, valentía y

honra, con que hace torres de viento. El tercero, la mala inclinacion natural que mueve á soberbia, avaricia, ira, gula, lujuria, envidia y pereza, que nos quedó como rastro del pecado original. Así que esta mortificacion interior de que vamos hablando, mata el amor propio y la demasia de las pasiones, con el propio aborrecimiento; derriba las torres de la vanidad con el conocimiento propio y de su bajeza; y con el examen continuo de la conciencia, se van examinando las malas inclinaciones y peleando contra ellas: ya que del todo no podemos en esta

vida, hagamos todos lo que pudiéremos contra ellos.

Con esta mortificacion se evitan los pecados veniales, que suelen ser en dos maneras: unos que se llaman *ex imperfectione ritus*, que dejan de ser mortales por no tener tanta deliberacion y consentimiento del libre albedrio como los pensamientos detenidos, pero no consentidos, de matar un hombre, ó por falta de no ser materia tan grave aunque sea consentido, como hurtar una cosa poca; otros pecados veniales hay que llaman *ex obiecto*, como mentiras jocosas, palabras ociosas,



etc. Quien no pusiere diligencia en apartarse de los pecados veniales cuanto pudiere, no sentirá en sí el *olor divino del bálsamo* del espíritu, que se destruye por las moscas de los pecados veniales que en ellos caen y se mueren.

Tambien con esta mortificación, evita el alma los peligros y ocasiones de caer en pecado. Y estas ocasiones son en dos maneras: unas se llaman ocasiones remotas y apartadas, como ir donde hay gentes que se pueden mirar, etc.; otras más cercanas, como ir en casa de alguna mujer donde suele haber peligro de pecar. Y es-

tas ocasiones una vez son más flacas, otras más fuertes. Quien quisiere, pues, caminar adelante, huya de estas ocasiones.

No menos aprovecha esta mortificación interior para salir de la ociosidad dañosa que es la polilla del espíritu. Hay obras ociosas, palabras ociosas y pensamientos ociosos: llámanse palabras ociosas las que no aprovechan para el bien de sí mismo, ó para la honra de Dios ó provecho del prójimo; porque el verdadero siervo del Señor, ha de procurar estar siempre ocupado porque *el demonio no halle puerta para entrar á combatirle.*

3.—De la mortificacion íntima y del espíritu.

Así como las demasias del sentido y las del apetito estorban y se han de mortificar, así estorban tambien las demasias del espíritu, que son unas sabandijas tan agudas que se entran hasta lo más íntimo del corazon; las cuales podemos reducir á tres.

La primera, gustos y regalos espirituales, impertinentes y peligrosos, como el que gustando en la oracion dejase por aquel gusto de acudir á las cosas obligatorias, y la que lla-

man amargura del corazon que es una demasiada tristeza que distrae de la presencia de Dios é impide los actos interiores del amor divino.

La segunda, conceptos impertinentes y demasiada especulacion, con la cual dejan muchas veces las almas de ejercitarse en los actos del amor de Dios y del prójimo, que es lo que más conviene.

La tercera, apetito y deseo de visiones y revelaciones, profecias, hacer milagros, y semejantes cosas sobrenaturales, que suelen ser principio de vanagloria y peligro de caer en ilusiones.

Para quitar estas tres demasias del espíritu aprovecha mucho esta mortificacion íntima, de la cual nacen tres reparos de estos daños interiores. El primero, tratar su espíritu, declararse y dar parte á personas espirituales que les pueden dar luz, y no confiarse de sólo su sabiduria. El segundo, rendimiento y obediencia á los confesores y padres espirituales. El tercero, humildad profunda; nunca confiando de sí, ni asegurándose con su propio espíritu. Con estos tres reparos se alcanza la victoria contra las demasias del espíritu.

CAPÍTULO III

De la tercera jornada de la via purgativa, que es la verdadera observancia de las leyes natural, divina y positiva, con que el alma se limpia de la transgresion, relajacion y menosprecio, y alcanza la rectitud, bondad y universal justicia.

1—Ley natural.

Tres maneras hay de ley natural. La primera, la que se llama luz de la razon, con la cual nuestro entendimiento es alumbrado á conocer estos dos principios: *Recede a malo et fac bonum*. Apártate del mal y haz bien. De esta luz nacen

dos principios naturales. El primero, que hay Dios á quien se debe referencia; el segundo, lo que no quieres para ti no quieras para otro: que por otro nombre se llama amar á Dios y al prójimo.

De estos dos principios nacen los diez mandamientos de la ley natural. Del primero, que es amar á Dios con el pensamiento, creyéndole, esperando en él y amándole, nace el primer mandamiento. De amarle con la palabra, el segundo, que es no jurar su santo nombre en vano. De amarle con la obra, el tercero, que es santificar las fiestas, empleándolas

en obras de su servicio, como oír misa, etc. Del segundo principio, que es amar al prójimo y no querer para otro lo que no quiero para mí, manan los otros siete mandamientos. Porque si yo no querría que mis hijos me deshonrasen, y que nadie me quitase la vida, la mujer, la hacienda ni la honra, ni que pretendiese ó desease quitarme la mujer y la hacienda, razon es que yo honre á mi padre, que no mate, no fornique, no hurte, no levante falso testimonio, no desee la mujer ni las cosas ajenas, que son los diez mandamientos.

Y el siervo de Dios que desea caminar por camino derecho, *no se aparte á una mano ni á otra* de estos mandamientos de la ley, sino *medite en ellos de día y de noche*, y procure con todas sus fuerzas purgar y alimpiar las faltas que en la guarda de ellos tuviere por obras, palabras y pensamientos, ahora sean obras acabadas, comenzadas ó pretendidas, y palabras claras, disimuladas, ó señas y pensamientos consentidos, delectaciones morosas y pensamientos detenidos; porque en el vigor que pusiere en quitar estas faltas está el camino de su perfeccion.

Hay en cada mandamiento tres cosas que considerar. La primera, lo que llaman privativo, que es lo malo que nos mandan apartar. Lo segundo, lo positivo, que es lo bueno que nos mandan seguir. Lo tercero, los peligros y circunstancias que nos pueden hacer caer. Pongamos por caso en el quinto mandamiento de no matar se nos manda no quitar la vida al prójimo, que es lo privativo; procurar su vida y salud, que es lo positivo; y apartarnos de las ocasiones de matar. Pues quien quisiere ir aprovechando en esta vía quite de sus obras, palabras y pen-

samientos cualquier daño que venga en la vida ó salud del prójimo; y para más perfeccionarse, procure, con la mayor diligencia que pudiere, el bien de la vida y salud de sus prójimos; y lo tercero, apartarse del lugar, tiempo, compañías y las demás circunstancias que le pueden ser ocasion de matar, y ni aconseje, ni mande, ni ayude á otro para que mate; y las demás que se llaman causas morales, que de éstas y las circunstancias suelen nacer los pecados ocultos y ajenos, tan dañosos á las almas.

3 - Ley divina.

Llámanse ley divina los cinco mandamientos de la Iglesia, como oír misa, ayunar, confesar, comulgar y pagar diezmos y primicias. Además de esto, redúcense á ley divina las obras de misericordia y consejos evangélicos. Procure, pues, el siervo de Dios que quisiere caminar camino derecho, examinar en sí las faltas que en la observancia de cualquiera de estas cosas tiene, nacidas de su mal hábito y costumbre, ó de sus pasiones y apetitos, ó de la ignorancia, y váyase pu-

rificando en quitar de sí estas faltas, si quiere llegar á la perfeccion.

3—Ley positiva.

Las leyes que nos ponen los hombres como ministros é instrumentos de Dios, cuando son justas se llaman ley positiva; y de éstas podemos contar tres maneras. La primera, todas las reglas, constituciones, estatutos y actos de las religiones y los mandatos de los superiores de ellas con que se pretende la perfecta observancia en la obediencia, castidad

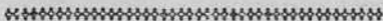
y pobreza, que son los tres votos á que se reducen todas las leyes de los religiosos. La segunda, todas las leyes eclesiásticas, que las principales de ellas se escriben en el derecho canónico, donde tambien se contienen todas las ceremonias que los ministros del altar están obligados á saber y guardar para cumplir con sus officios. La tercera, las leyes civiles y las obligaciones del estado de los seglares, como las leyes de los jueces, escribanos, etc.; y así conviene que cada uno mire en las faltas que cae y se enmiende.

Es de tanta importancia esta verdadera guarda de las leyes natural, divina y humana, y el purgarse y limpiarse el hombre de los defectos y faltas de ella, que aunque no tuviésemos otro ejercicio y cuidado, bastaría este solo para alcanzar la salvacion y perfeccion, y bien sabe esto el demonio, pues tanto cuidado pone en que caigamos en el olvido, negligencia y menosprecio de guardar las leyes; y así me parece ser necesario, para contra estos tres tropiezos y barrancos en que cada dia caemos, poner tres reglas.

La primera contra la igno-

rancia y olvido de las leyes, tenga cada uno un libro pequeño en que estén recopiladas las leyes y obligaciones de su estado, y lea en él muy á menudo; pues manda el Señor *que no se aparte el libro de la ley de nuestros ojos y boca, sino que meditemos en él de día y de noche:* y tengo por más provechosa esta meditacion que de cualquier otro misterio que se nos ofrezca meditar. La segunda regla contra la negligencia, es examinar cada uno muy bien su modo de proceder, y de las faltas que ordinariamente hace en las leyes haga un cuadernito y vaya siempre

procurando quitarlas. La tercera, contra el menosprecio: piense muy de veras y con mucha detencion, que por las leyes se nos manifiesta la voluntad de Dios, y como ésta sea tan infinita como es el mismo Dios, en ninguna cosa puede ser el alma más agradable al Señor que en cumplir sus leyes, deseando con esto hacer la voluntad de Dios, y que ninguna ley hay pequeña, pues se encierra en el cumplirla tan gran bien como es dar contento á su Criador, y hacer su voluntad.



CAPÍTULO IV

En que se trata de la doctrina y ciencia natural con que el alma alcanza luz, leyendo en buenos libros, oyendo á buenos maestros, y estudiando con su propio entendimiento y discurso: que es la primera jornada de la via iluminativa.

1—Libros buenos.

Leed y escudriñad (dice el Señor) *las escrituras, porque ellas son las que dan testimonio de mí.* Los libros son de tres maneras: unos malos y dañosos, como los que enseñan ó mueven á pecar por los malos ejemplos y doctrinas que rela-

tan, y éstos nunca han de venir á las manos de los siervos de Dios, como libros de caballerías, de amores, etc., que har- to daño han hecho en la Igle- sia (perdone Dios á quien los escribió); y si algunos los pue- den leer, son los predicadores y confesores para que sepan por ciencia los vicios y pecados que hay en el mundo, de que no tienen experiencia, para poder- los reprender, como el botica- rio que busca víboras y escor- piones para hacer su triaca; que el mancebo y simple don- cella, que no sabe maldades del mundo, no hay para qué aprenda hechicerías de encan-

tamientos, sensualidades y amores, venganzas y soberbias, que es lo que ordinariamente tratan los libros que llaman de caballerías.

Hay otros libros que podemos llamar *curiosos*, como historias, que sirven de entretener el tiempo y saber cosas necesarias para la vida humana, y éstos en tanto hacen daño en cuanto embarazan y ocupan el entendimiento, que seria mejor emplearse en las cosas de Dios, pues la vida del hombre es un soplo en comparacion de la eternidad, y lo que acá granjearemos con amor de Dios, allá gozaremos eterna-

mente con mayor abundancia de gloria.

Hay tercera manera de libros *buenos* y santos; y de éstos podemos nombrar tres suertes. La primera, los de la Teología escolástica, que nos enseñan y declaran los misterios de nuestra fe. La segunda, la Filosofía moral y declaracion de la Sagrada Escritura, con que se enriquece nuestra voluntad de luz para bien obrar. La tercera, libros devotos y espirituales, que tratan de oracion y espíritu y dan luz al entendimiento para el amantísimo trato con Cristo. Y estos son tambien de tres suertes.

Unos que tratan de la teórica de la oracion y escriben las reglas de ella, como los que los antiguos Padres del yermo escribieron: cuales son las epístolas de san Anton á los arse-noitas, los libros de Isaac, Isaías y Doroteo, abades de Siria, y otros muchos antiguos; y de los más modernos, San Bernardo, San Buenaventura, Lorenzo Justiniano, Santo Tomás, Fr. Luis de Granada, et-cétera. Otra manera de libros espirituales hay que van mezclados de teóricas y reglas y devociones adquiridas por solo el ejercicio de la oracion, por ser escritos por autores que no

supieron letras, é hicieron reglas de lo que pasaba en su espíritu: como lo que escriben Santa Brígida, Santa Catalina de Sena, la Madre Teresa de Jesus, etc.

Y entre estas dos maneras de libros espirituales, para los letrados es más importante la primera; para los que no lo son suele dar más luz la segunda: porque quien habla por experiencia, escribe los conceptos con mayor luz, abatiéndolos y aplicándolos á lo que pasa en los entendimientos de los que no saben letras. Verdad es que estos libros suelen tener algunos términos no usados, ántes

contrarios á los términos y manera de hablar de las escuelas, de donde toman ocasión los letrados á decir mal de ellos. Y así los libros que me parece hacen más al caso para aprender la teórica de la oracion, son los que escriben los letrados, que juntamente supieron letras y tuvieron ejercicio de la oracion, como San Bernardo, San Buenaventura, Santo Tomás, etc.

Hay otra tercera manera de libros espirituales, que no tratan de reglas de oracion, sino recopilan los conceptos, devociones y motivos de las almas para amar á Dios sabidos por

oracion, como el *Soliloquio* de San Agustín, el libro llamado *Contemptus mundi*, etc. Y estos suelen hacer gran fruto con la luz que despierta al amor divino y enternece la voluntad.

2.—Maestros espirituales.

Tiene la voz cierta fuerza y energia escondida (como dicen los filósofos), que es más provechosa para la luz que lo que se lee en los libros, porque el maestro espiritual oye las dudas del discípulo, responde á ellas, é imprime la doctrina

con más eficacia: lo cual no hacen los libros. Tres maneras hay de maestros. Lo primero, predicadores que enseñan desde el púlpito. Estos se busquen de los que hablan al provecho del alma y dan luz al espíritu, porque hay muchos que, siguiendo las doctrinas menos espirituales, dejan los espíritus secos. Lo segundo, confesores; y cuando se pudiere hallar tal confesor que juntamente absuelva de los pecados y encamine el espíritu á la perfeccion es lo mejor. Lo tercero, maestros ó guías del espíritu, que llamamos así á los que (aunque no sean confeso-

res) pueden guiar el alma en el mejor modo del proceder del espíritu.

Y en todos estos tres géneros se escojan los que tuvieren tres condiciones. La primera, letras; porque con ellas se asegura mucho la vida espiritual. Y, como dice San Jerónimo, la santa simplicidad por sí sólo aprovecha, y cuanto edifica con el ejemplo de la buena vida tanto daña no sabiendo guiar las almas y hacer resistencia á los contrarios. Y han hecho gran daño en la Iglesia de Dios algunos muy espirituales y devotos sin letras, porque quieren llevar á todos

por el mismo camino que ellos van, ó, por no entender los términos con que hablan, enseñan errores de que se siguen no pequeños daños y disensiones entre gente espiritual. La segunda, espíritu y devoción; porque con solas las letras, no se entiende bien este camino: ántes letrados indevotos han hecho mucho daño y estrago, menospreciando las mercedes grandes que Dios suele hacer á las almas humildes (como no las experimentan), y poniendo muchas veces mácula, dolo y escrúpulo en lo que es muy seguro y aventajado. La tercera, experiencia y que hayan

sabido cómo proceden otras almas, y ellos mismos hayan pasado por muchas cosas de oración: que de esta manera irán más acertados en los consejos que dieren.

3.—Estudio y discurso natural.

No solamente los libros y los maestros aprovechan para dar luz en esta primera jornada de la vía iluminativa, sino también el estudio y discurso del propio entendimiento, y es lo que más hace al caso. Este estudio se hace de tres maneras. La primera, cuando leemos

en los libros, ir despacio y con atencion, penetrando lo que se lee y haciendo cuenta que el libro es la boca de Dios, que nos está enseñando, y tomar de lo que leemos lo que más nos conviene, y dejar lo que no nos hace al caso. La segunda, cuando oimos hablar á los predicadores, confesores y maestros, recibamos lo que nos dicen como de la boca de los que son enviados de Dios para nuestra doctrina. La tercera, de todo lo que viéremos y oyéremos tomemos luz para nuestro aprovechamiento, moviéndonos por las criaturas al conocimiento del Criador, y ha-

gamos cuenta que todo este mundo es un libro grande en que leemos por las letras de las cosas visibles el conocimiento de las invisibles, y la sempiterna virtud y divinidad de Dios, como dice San Pablo.

Y para que este estudio nos aproveche guardemos tres avisos. El primero, escoger los libros, maestros y consideracion de las cosas naturales que más nos pueden hacer al caso. El segundo, hacer memoria de los puntos que más nos mueven; y si fuere necesario, escribirlas brevemente para que no se nos olviden. El tercero, ir con mucho cuidado coligien-

do y discurriendo de unas cosas en otras que sean de nuestro provecho: como de las cosas universales saquemos las particulares que nos tocan á nosotros, y de lo que vemos ú oímos en nuestro prójimo, lo que á nosotros puede suceder.



CAPÍTULO V

De la segunda jornada de la via iluminativa, que es la meditacion que nace de la fe. Va dividida en tres partes: la primera, la meditacion de la divinidad de Dios, y de Cristo, y de sus misterios; la segunda, la meditacion de nuestra propia alma, de sus potencias, virtudes y faltas; la tercera, meditacion de los siete principios de bien vivir.

1—Meditacion de Dios.

Así como toda la máquina de este mundo se mueve sobre los dos polos ártico y antártico, así toda la máquina interior del espíritu se gobierna por meditacion de dos cosas:

«quién es Dios y quién soy yo», que esta era la continua meditacion de San Francisco. De la meditacion de ¿quién es Dios? nace la caridad, madre de todas las virtudes; y de la meditacion de ¿quién soy yo? nace el aborrecimiento propio y humildad con que se conservan y aumentan todas las perfecciones. Y porque los santos que escriben meditaciones, de ordinario las reducen á siete, segun los siete dias de la semana, llevando nosotros este estilo, podemos dividir las meditaciones de Dios en las de siete atributos ó virtudes suyas, de cuya meditacion nace

todo nuestro bien: y éstas son ser Dios infinito, inmenso, eterno, incomprensible, omnipotente, sabio y misericordioso.

Puédense tambien meditar los siete artículos de la divinidad, cada uno un dia de la semana. El domingo, ser Dios uno; el lunes, ser Padre; el mártes, ser Hijo; el miércoles, ser Espíritu Santo; el jueves, ser Criador; el viernes, ser Salvador; el sábado, ser Glorificador.

Tambien, lo tercero, se pueden por el mismo orden meditar los siete artículos de la humanidad de Cristo, ó sus siete misterios, que ordinariamente

escriben los Santos. Lunes, el lavar de los pies é institucion del Santísimo Sacramento; mártes, la Oracion del huerto; miércoles, los azotes; jueves, el *Ecce Homo*; viernes, la cruz; sábado, el descendimiento de la cruz y soledad de la Virgen; domingo, la Resurreccion.

2—Meditacion de quién es el hombre.

Esta meditacion se puede dividir en otras tres partes, y cada parte en siete, segun los siete dias de la semana. La primera parte, en la meditacion de las potencias y de sus

operaciones, que son: memoria, entendimiento, voluntad, apetitos y sentidos, obras, palabras y pensamientos; examinando muy despacio en qué estado están todas estas potencias y actos, en lo que toca á la guarda de la ley de Dios: que este es principio de gran luz para el conocimiento propio.

La segunda parte de la meditacion es de todas las obligaciones que el alma tiene para ver como las guarda, segun lo que tratamos arriba, hablando de la observancia.

La tercera, de los siete sacramentos de la Iglesia, medi-

tando en ellos, y sacando de esta meditacion lo que el alma ha de hacer para su aprovechamiento. De esto compuso un maravilloso tratado la gloriosa Santa Gertrudis, en esta forma. El domingo, se considera el bautismo y todo lo que en él pasa, con que el alma renueva su vida; el lunes, la confirmacion, con que se fortifica contra las tentaciones; el martes, la penitencia, con que llora los pecados de la vida pasada; el miércoles, el Sacramento del altar, con que se procura unirse con Cristo; el jueves, el matrimonio, ahora sea el matrimonio carnal si

fuere casada, ó el matrimonio espiritual con Cristo si es persona religiosa, con la cual meditacion procura vivir bien segun su estado; el viernes, el sacramento de la orden, con que el que fuere sacerdote hace bien su oficio; el sábadó, la extremauncion, para que considerando los pecados veniales é imperfecciones, y procurando quitarlos, como si estuviese al punto de la muerte, se purifica más cada día.

3.—Meditacion de los siete principios de bien vivir.

Acuérdate, dijo el Señor, de tus postrimerias y eternamente

no pecarás. Estas postrimerias son cuatro: muerte, juicio, infierno y gloria; á las cuales podemos añadir otras tres, que tambien hacen mucho al caso para no pecar, conviene á saber: las miserias de la vida presente, los pecados de la vida pasada, las intolerables penas del purgatorio por faltas pequeñas. Y por los dias de la semana se pueden guiar estas meditaciones, segun cada uno hallare más provecho.



CAPITULO VI

*De la tercera jornada de la vía iluminati-
v llamada espíritu y contemplacion, dividida
en tres partes, que se llaman: luz de
oracion, presencia de Dios, y cuatro dones
del Espíritu Santo.*

1.—Luz de oracion.

A los que han caminado por la segunda jornada que hemos dicho de la meditacion, lleva Dios á otra más alta y soberana luz, que es el fin y remate de la vía iluminativa. A esta podemos llamar espíritu ó contemplacion, que de ordinario

es más sobrenatural que la pasada; y la primera parte de ella, es la luz que Dios da sobrenaturalmente en la oracion. Esta luz y dádiva sobrenatural es en tres maneras.

La primera se llama *atencion interior*, que es cuando mira el alma de hito en hito sin apartarse ni divertirse de algun concepto sobrenatural, que la va inflamando en el amor de Dios. Porque esta asistencia sesegada y quieta, sin andar vacilando en diversos conceptos, suele ser principio de todo el bien espiritual. Algunos la llaman contemplacion; otros, quietud de espíri-

tu; otros, morar dentro de sí; otros, centro del corazon; otros, atencion interior, ó centro de la voluntad: llámese como se llamare, que cuando el alma llega á esta primera parte de esta jornada, ha andado mucho camino para la luz sobrenatural.

La segunda parte de esta luz de oracion se puede llamar *preñez ó abundancia* de conceptos. Que es cosa maravillosa de ver cómo en un abrir y cerrar de ojos, cuando se llega á este estado, descubre Dios tantos conceptos y luces soberanas que no se pueden contar. Como quien habiendo

subido una cuesta arriba, llegando á la cumbre del monte descubriese una nueva region, donde ve en un campo grande innumerables rios, fuentes, prados, etc. En esta grandeza y abundancia de luz, se descubren algunas veces muchos puntos muy altos de teología que por su discurso y meditacion no pudiera alcanzar; como se ve en algunas mujeres que con esta luz han escrito altísimas cosas, así de ciencias naturales como sobrenaturales, como Santa Catalina mártir, Santa Ildegardis, etc. Y á los que son estudiantes, como á Santo Tomás de Aquino, San

Agustin, etc., les viene luz de grandes doctrinas ó declaraciones de la Sagrada Escritura, trozos de sermones, etc.

Tambien con esta luz parece que se entienden muchas cosas de los negocios del mundo, y sucesos, y el estado de muchas almas; y aunque al principio no las particulariza el entendimiento, cuando recibe esta luz, queda como preñado de muchos conceptos, que despues va discurrendo en particular, y suele acaecer de una luz de estas, en alguna materia poderse escribir un gran libro y libros, y que dure todo un año el discurrir sobre ello.

La tercera parte de esta luz de oracion es la *mayor claridad*, con mayor peso y eficacia, conque se entiende el mismo concepto que antes se sabia. Acaece venir en este modo de oracion este pensamiento: «Dios es misericordioso»; el cual concepto antes estaba más oscuro y menos eficaz, y despues que viene en la oracion con esta nueva luz y gozo, mueve de tal manera á la voluntad quanto va de lo vivo á lo pintado, por la mucha claridad con que resplandece y la fuerza que hace al alma. Y para esto es de gran provecho perseverar mucho tiempo en la

oracion: que al que persevera nunca le faltan de estas soberanas luces.

2—Presencia de Dios.

Tres maneras hay de presencia de Dios. La primera, *exterior* y corporal. Esta es cuando se ve en el Santísimo Sacramento con los ojos del cuerpo y juntamente el alma (reconociendo ser Dios) se humilla, y le adora y reverencia. Porque cuando se mira este divino Sacramento sin estos divinos efectos interiores, como le ven los que están en pecado

mortal y los indevotos, etc., no es esta soberana luz de que aquí hablamos. Tambien esta luz exterior es de las imágenes cuando las miramos con viva fe, como si mirándolas y hablando con ellas, hablásemos con el mismo Dios. No porque entendamos que en la tabla ó piedra hay divinidad, como adoraban los gentiles los ídolos, sino porque son medios que nos llevan á Dios, haciendo eficacia en nosotros la imagen pintada que vemos como si fuese una revelacion sobrenatural; y esta manera de presencia es muy buena, muy segura, muy provechosa y muy

meritoria, porque va fundada sobre la fe nuestra de la adoracion de las imágenes, tan aborrecida de los herejes de estos tiempos, y es más segura que adorar la imagen que vemos con la revelacion. Porque en aquellas hay duda si sea el demonio transfigurado en ángel de luz á quien adoramos, y en la imagen no hay sino certidumbre que no es demonio. Y cuando Dios da este conocimiento en la adoracion de las imágenes, es una gran merced que hace á las almas que lleva por este camino. Otras veces la presencia exterior es de alguna cosa sobrenatural revela-

da: como cuando Moisés vió la zarza que ardía y no se quemaba, y hablaba en ella con Dios.

La segunda manera de presencia de Dios es la *interior é imaginaria*, cuando no se ven las cosas fuera de los ojos, sino dentro de la imaginacion, que acaece aunque los ojos del cuerpo estén cerrados; y ésta es de tres maneras. La primera, formada por la misma imaginacion, cuando ella con atencion forma dentro de sí la imágen y figura que quiere traer presente. La segunda, dada sobrenaturalmente, como cuando (sin que la imaginacion tra-

baje en hacer figura) se viene dentro de ella alguna figura viva y eficaz que en un punto se pasa algunas veces como un relámpago, mas siempre deja rastro de mucha doctrina y entendimiento, y mucha mocion á la voluntad. La tercera es la asistencia interior de la imaginacion ó palabras interiores, que suele acaecer, sin que la imaginacion tenga figura ninguna, parecerle que siente la presencia y asistencia de Cristo dentro de sí, que le mueve á la atencion, reverencia y espíritu. Y unas veces le hablan allá dentro palabras interiores formadas y claras con

tal delicadeza y sutileza, que parece las va escribiendo Dios con su divino dedo en la tabla de piedra de nuestro corazon, como escribió la ley de Moisés. Y acaece á las veces ser palabras latinas, que el que no sabe la lengua no las entiende; mas declarándoselas quien las sabe, halla en ellas avisos de mucha importancia, y suelen venir algunas veces palabras de la Sagrada Escritura, que contienen en sí doctrinas provechosísimas para el alma. Otras veces acaece, sin oirse palabras interiores ni exteriores formadas, parecer que Dios le hace señas en lo interior,

acordándole algunos negocios que despues, cuando el alma vuelve en sí, puede con palabras decir mucha doctrina y escribir grandes avisos y conceptos.

La tercera manera de presencia de Dios es la *intelectual*, cuando sin que haya figura exterior representada á los ojos del cuerpo, ni cosa de las que hemos dicho en la imaginacion, el entendimiento recibe luz, doctrinas y conceptos espirituales y divinos, como acaecia á los profetas algunas veces. Y esta presencia intelectual suele ser de tres maneras. La primera, cuando le-

vantando los ojos del cuerpo á lo visible, y creyendo por viva fe que Dios está en todo lo criado por esencia, potencia y presencia (como si fuese alma del mundo, que así le llamaban los filósofos), con los ojos del cuerpo vemos las criaturas; pero el alma está en presencia de Dios, conocido por el entendimiento, de la manera que cuando hablamos con un hombre, aunque no veamos sino su cuerpo, estamos en la presencia de su alma, á la cual tenemos respeto. La segunda, cuando en los mismos hombres, como en imágenes vivas y figuras de Cristo,

miramos á Cristo, y le reverenciamos y amamos en el prójimo; y por esta causa llama San Pablo á nuestro cuerpo y sus partes *miembros de Cristo*. La tercera, cuando en nosotros mismos traemos á Cristo, y andamos unidos y juntos con El, haciendo las obras, diciendo las palabras, y teniendo los pensamientos que Cristo haria, diria y tendria, si estuviese en nosotros mismos y en nuestro lugar: como el representante que se viste las vestiduras de rey, y representando su figura hace las obras y meneos, y dice las palabras que diria si fuese el

rey. Y esta manera de presencia de Dios, que llaman unitiva, es la más excelente y provechosa de todas.

3.—Dones del Espíritu Santo.

La tercera parte de esta última jornada de la vía iluminativa, contiene los dones con que el Espíritu Santo alumbra nuestro entendimiento. El primero se llama don de Sabiduría, conque el alma recibe luz de las cosas sobrenaturales y del cielo, con gusto y regalo. Porque *sapientia*, que es la sabiduría, quiere decir *sapida*

sciencia, sabrosa ciencia. Acaece en tres maneras. La primera, cuando le parece al alma que es llevada al cielo, y allí conversa y comuica con los Santos, gozando de la presencia divina. La segunda, cuando parece que la meten en otra region de mayor luz que la que antes tenia, y le dan noticia de conceptos altos y sobrenaturales, que nunca habia entendido, con gran gusto y regalo del corazon que entiende aquellos misterios. La tercera, cuando en un mismo concepto que el alma entiende, le descubre el Espíritu Santo tantas razones, conveniencias y con-

gruencias, que parece le satisface y quita todas las dudas, dificultades é ignorancias que le podrian venir. Pongamos por caso, que está uno pensando si le estaria bien ser religioso: viénele luz que sí, con tantas razones que, segun dice San Gregorio, no podria ya con seguridad de buena conciencia repugnar la vocación del estado de religion.

El don de entendimiento es una soberana luz que da el Espíritu Santo, conque descubre tres cosas. La primera, todo el estado interior de la propia alma, conviene á saber, sus potencias, inclinaciones, faltas

imperfecciones, etc., que parece entra una antorcha ó hacha encendida dentro del corazon, que alumbra todos los rincones de él: y es de gran fruto para la perfeccion esta luz, y quien á esta no llega procure ejercitarse en examinar su conciencia, entrando en cuenta consigo mismo para estar prevenido el dia de la cuenta. La segunda cosa que alumbra este don es las conciencias de los prójimos, porque parece que tratando con ellos se ven sus almas, las condiciones que tienen y las faltas que cometen. La tercera, da luz de los sucesos y del estado del mundo,

que parece se le descubren al alma los lazos y enredos que en él hay, como los veia San Antonio, y los paraderos de muchos negocios que se tratan y la solicitud que los demonios tienen para hacer daños universales. Y hace esto tanta impresion, que querria salir el alma que recibe esta luz, dando voces por esas calles, avisando de lo que á él le avisán. Como si acaeciese que estando un hombre á una ventana de un aposento viendo las fiestas que se hacen en la plaza con alegria, en compañía de otros muchos, le llevasen solo á otra ventana, de donde le mostra-

sen que sus enemigos están matando á sus padres y hermanos, y otras cosas muy diferentes de las que en la otra ventana veia, que le hacen querer dar voces, como las que dió el hijo del rey Creso de Lidia (aunque era mudo) cuando vió que unos soldados iban á matar á su padre. Así acaece abrirse una ventana allá dentro del interior conque se ven las ofensas que en el mundo se hacen al Padre Eterno, los estragos que los demonios hacen en las almas, los lazos que les tienen puestos, conque queria, como otro Anany, salir dando voces, como él salió,

cuando le mostraron la destruccion de Jerusalem.

El don de la ciencia es una luz sobrenatural con que el alma sabe las virtudes que más le importan para su salvacion. Y hay algunos que, aunque ignoren los términos de la Filosofía moral, podrian ser maestros y predicadores de ellas; y principalmente enseña esta ciencia la guarda de la ley de Dios, segun aquellas palabras de David: *Bienaventurado, Señor, es el varon á quien tú enseñares y mostraras la guarda de tu ley.*

El don de consejo es la luz con que Dios declara á las al-

mas los caminos más derechos de su salvacion y perfeccion, los medios que se pueden tomar para ir aprovechando, los estorbos y tropiezos que pone el demonio para hacer caer ó detenerse en la carrera á los que habian de ir corriendo para alcanzar la corona.



CAPITULO VII

*De la primera jornada de la vía unitiva,
que contiene el amor de Dios, el amor del
prójimo y el amor de los enemigos.*

1.—Amor de Dios.

Es el amor de Dios principio de todo nuestro bien: *Omnis consummationis vidi finem: latum mandatum tuum nimis, consumacion y fin de las perfecciones*; y así como Dios es *Alfa y Omega, principio y fin*, así el divino amor, aunque en grado imperfecto, es principio de todas las vías y caminos de

la perfeccion, y en grado perfecto, es el fin de todas ellas. Pero para más claridad le hacemos principio de esta primera jornada. Y porque de él hay mucho escrito, solo apuntaré tres cosas: la primera, los principios de donde nace el amor de Dios; estos son tres. El primero la consideracion de quien es Dios, y de todos sus atributos y perfecciones como ser Dios, Dios infinito, omnipotente, etc. Y los bienes que tiene que nos mueven al amor, como ser nuestro Padre, esposo, hermano, etc. Los oficios que con nosotros usa, que todos nos guian al amor y te-

mor, como ser nuestro maestro, juez, etc. La segunda consideracion es de lo mucho que Dios nos ama: que el ser amado es principio de amor. Y porque en Dios no hay más de un amor, como no hay más de una esencia, y este amor es el mismo amor infinito, con que inspira el Espíritu Santo, de aquí se sigue que infinitamente nos ama cuanto es de su parte. Y que por mucho que le amemos nunca llegamos á lo que se le debe de amor. La tercera consideracion de donde nace el divino amor, es de los muchos y grandes beneficios que de su divina mano hemos recibido,

cuales son los beneficios de la naturaleza, como cielo, elementos, etc.; los de la Iglesia, como los sacramentos; y los de la gracia, como inspiraciones, perdón de pecados, etc., hasta darnos su propio Hijo y su vida, pues murió por nosotros en cruz. Estas tres raíces y principios del divino amor, se contienen en aquellas tres palabras, *Diliges Dominum Deum tuum*. Porque decir *Deum* nos significa quién es; *Dominum*, los beneficios y dones que nos ha dado; *Tuum*, el amor con que nos ama.

La segunda parte del divino amor contiene las divisiones,

especies, partes, miembros y diferencias que hay en el amor de Dios, que serian innumerables si de todas tratásemos; sólo quiero apuntar tres. La primera, divídese el amor de Dios en amor tierno y amor apreciativo, que por otro nombre se llama *amor amicitiae*, y también *amor concupiscentiae*, amor de amistad y amor regalado. En el amor apreciativo fué excelente San Pedro, que por esa causa le encomendó Dios sus ovejas; en el amor tierno, San Juan, discípulo á quien amaba Jesus, que durmió en su pecho. Del amor apreciativo nace la observancia de la

ley; el padecer trabajos por Cristo, la fortaleza y celo, y la perseverancia en el servicio de Dios hasta la fin. Del amor tierno, nacen los gustos y regalos de oracion, los fervores de espíritu, la paz interior y consuelos espirituales.

Divídese lo segundo el amor, segun los actos de la voluntad, en la *intencion* con que se hacen las cosas por sólo agradar á Dios; la *eleccion* ó escogimiento con que, dejando todas las cosas del mundo y dando de mano á todas las criaturas, escogemos á solo Dios, ó á las mismas criaturas por Dios; el *imperio*, con el cual todas las

cosas que hacemos y los ejercicios de las virtudes las manda el amor y nacen del amor como principio; el *consentimiento*, con el cual nuestra voluntad (repugnando á los pensamientos malos) consiente en los buenos; el *uso y ejecucion* de los buenos propósitos que entonces se ponen por obra, cuando el amor, venciendo las dificultades, sale con la obra que en el buen pensamiento se deseaba.

Divídese, lo tercero, el amor en sus grados, porque el principio es menos fervoroso; luego va creciendo más; finalmente, es impetuoso y grande.

Nueve grados de amor pone Santo Tomás en su opúsculo *De dilectione Dei et proximi*, que si los hubiéramos de decir aquí, se pudiera hacer un gran tratado.

Lo tercero, se divide el divino amor en los efectos, fines y frutos que de él se siguen. Estos, aunque son innumerables, contemos tres. El primero se llama *merecimiento*, con que el alma que ama merece mucha gloria, mucha gracia y aumento del mismo amor. Porque cuando se hace una obra, (por pequeña que sea, como fué el dar limosna, de dos minutos) alcanza el ánima que,

movida por amor de Dios, hi-
ciere aquella obra más mereci-
miento que el que sin amor de
Dios ofreciese al templo mu-
chos talentos. El segundo efec-
to del amor divino es las vir-
tudes, porque quien ama á Dios
por darle gusto, cree todas sus
palabras, confía en él, sufre
sus trabajos, etc. Y entonces
las virtudes son perfectas
cuando nacen de la caridad.
Tiene, lo tercero, el amor por
frutos los del Espíritu Santo,
conviene á saber: gozo, paz,
paciencia, perseverancia, bon-
dad, benignidad, mansedum-
bre, piedad, fe, modestia, con-
tinencia y castidad, de que es-

cribe el apóstol San Pablo. Asimismo son efectos del divino amor los afectos del alma enamorada de Dios, que se llaman júbilo, gozo, paz, embriaguez, desmayo, muerte y fuego de amor, celo y devoción, éxtasis y raptó, entrañamiento en Dios, y la divina unión.

2—Amor del prójimo.

El que dijere, dice San Juan, que ama á Dios á quien no ve, y no ama á su prójimo á quien tiene presente, miente y no dice verdad. Y aunque el amor de Dios sea más princi-

pal que el del prójimo, por ser el del prójimo más dificultoso y que encierra en sí el amor de Dios, con razon le ponemos por segunda parte de esta primera jornada. Este amor del prójimo es en tres maneras. La primera, amor natural, cuando vamos juntando y levantando al amor de Dios el amor que teníamos á las criaturas y amando al prójimo por Dios, que llaman los santos, segun los *Cantares* de Salomon, vino adobado: *Dabo tibi poculum ex vino condito*; y este es de mucha importancia para la salvacion y perfeccion, como el amor que tiene una madre á su

hijo, el marido á su mujer, un amigo á otro, etc., que, aunque por razon de la ley natural, de parentesco y sangre, hermosura y otras buenas partes ó beneficios recibidos, se mueve el corazon á amar á aquel prójimo, entrando tambien Dios á la parte de este amor, y viendo el alma que es agradable á Dios que aquella criatura sea amada en Él, crece el mismo amor natural, y el amor divino sienta mejor, porque ya halla hecha la cama del amor natural; que así como hay quatro maneras de fuego, conviene á saber, fuego celestial, fuego elemental, fuego material

como el que se hace de la leña, y fuego infernal, y así como el fuego elemental y material suele subir á lo alto, mas el infernal siempre se queda en su centro, así hay cuatro maneras de amar al prójimo, amor divino, amor natural, amor sensible bueno y amor torpe y deshonesto. El amor sensible bueno y el natural (aunque si el alma se descuida pueden bajar y hacerse amor torpe), si se tiene cuidado de quitar las pasiones é imperfecciones, se pueden levantar y hacerse amor divino y santo. Como cuando un padre ama á su hija con amor natural, y un hombre



ama á una mujer hermosa sin mala intencion de pecar con ella, si este amor se mezcla y junta con el amor de Dios, y toma el alma motivo de más amor á Dios porque crió tal hermosura, vuélvese amor divino.

La segunda manera del amor del prójimo es el celo de la salvacion de su alma. Este nace de considerar la excelencia que tiene, porque el alma es imagen de Dios, Él su gran precio y valor, pues fué comprada y redimida por la sangre de Cristo, y de la lástima de ver que se pierda y arda para siempre en el infierno criatura tan perfecta.

La tercera es amor del prójimo en Dios, por Dios y para Dios; que éste propiamente es amor divino. Nace lo primero de considerar que lo que Dios más ama en esta vida es al hombre, pues murió por él. Lo segundo de considerar y mirar al prójimo como á una imagen viva de Cristo, si es hombre; y si mujer, como á imagen de la Virgen María. Y así como nos aficionamos á una hermosa imagen, no para ensuciarla ni destruirla, sino para respetarla, reverenciarla y quererla, porque nos trae á la memoria al Señor, cuya imagen es, así, cuando vemos al

prójimo como á imagen de Dios, le hemos de amar con puro amor. Lo tercero nace de considerar al prójimo como si fuere un trono de la Santísima Trinidad en quien Dios está, pues está en todas las cosas criadas y principalmente en nuestras almas por esencia, presencia y potencia; y donde está Dios está toda la corte celestial acompañándole; ó nace de considerar que el prójimo es relicario ó custodia donde está el Santísimo Sacramento. Y así como á quien ve la silla ó el trono Real se le levantan los ojos al Rey que en él se asienta, y ama al trono y á la

silla por el Rey que allí está; así ama el siervo de Dios al prójimo por esta causa con amor divino, levantando el corazón al amor de Dios.

3—Amor de los enemigos.

Cristo nuestro bien, que entiende mejor que nadie en qué consiste la perfeccion del alma, la puso en amar á los enemigos cuando dijo: *amad á vuestros enemigos, etc., sed perfectos*. Y así este camino del amor de los enemigos, que es la tercera parte de la primera jornada de la via unitiva, es el

más claro y el más derecho para el cielo, aunque más dificultoso á los que vivimos en esta vida llenos de pasiones y de miserias de Adan.

Tres maneras hay de enemigos. La primera, los que nos hacen y han hecho ó dicho ó querido mal, que el agravio nos incita contra ellos. La segunda, los que han agraviado ó agravian á nuestros parientes ó amigos. La tercera, los que no son de nuestro humor y condicion, que de balde y sin porqué nos son aborrecibles.

A cualquiera de estas tres maneras de enemigos podemos amar de tres maneras. La pri-

mera, no haciéndoles mal ni diciendo mal de ellos, ni deseándoles consentidamente mal, sufriendo con paciencia las persecuciones, contradicciones y agravios que nos hacen; y á esto estamos obligados por la ley de Cristo nuestro Señor. La segunda, rogando á Dios por todos nuestros enemigos; y aunque si faltásemos á esto no pecaríamos como pecamos y faltamos en lo primero, es esta una oracion tan agradable á Dios, que por ella se alcanzará cuanto quisiéramos pedir, principalmente el perdon de los pecados, pues pedimos al Señor *nos los per-*

done, como nosotros perdonamos á los que nos ofenden. Y aunque esta oracion sea con sequedad, contradiccion del apetito, y haciéndonos mucha fuerza á los principios, despues la hacen muy suave y gustosa los grandes bienes que por ella experimentamos que se alcanzan. La tercera, que es la más dificultosa de todas y de más merecimiento, es cuando no solamente no hacemos, decimos, ni queremos mal á nuestros enemigos, y rogamos por ellos en nuestras oraciones, sino que actual y positivamente les hacemos buenas obras, decimos de ellos bue-

nas palabras, y con el corazon los amamos, deseamos y queremos bien, movidos con las razones que arriba dijimos en el amor de los prójimos.

Y en esta parte del amor de los enemigos, tiene el demonio puestos muchos lazos, y hay grandes barrancos y estropiezos, con engaños, cautelas y razones falsas que nacen de nuestro amor propio. Porque unos dicen que no puede ser esto; otros, que están obligados á volver por su honra y hacienda, y no pueden sin agraviar al enemigo; otros se engañan con celo falso de que lo hacen por el servicio de

Dios y bien de la república y castigar los malos. Pero el que pone los ojos con verdad en Cristo, que dió la vida, rogó y amó á sus enemigos, todas estas falsas razones atropella, y pone en este camino toda su fuerza por subir á la perfeccion, imitándole en que, primero que de otro, se acordó de los que le crucificaban, diciendo al Padre Eterno: *Pater, ignosce illis, quia nesciunt quid faciunt.*

CAPITULO VIII

En que se trata de la union, dividida en tres partes ó jornadas. En la primera se trata de los actos heróicos y unitivos, que son por donde se sube á la verdadera union; en la segunda, de la union verdadera; y en la tercera, de la vida en Cristo, que es la cumbre y lo supremo de la union, donde se halla el amor seráfleo.

1.—Actos heróicos unitivos.

*Llegará el hombre al cora-
zon alto, y será el Señor en-
salzado, dice el Real Profeta.*
Esta subida del alma es por
actos unitivos, heróicos y gran-
des del entendimiento y volun-
tad, conviene á saber, sobera-

nos pensamientos y encumbrados deseos que el alma tiene, por donde sube á la union.

Pensamientos y deseos se llaman actos interiores y movimientos del alma. Y para que procedamos con más claridad, y entendamos la doctrina de San Buenaventura, dividamos estos actos y movimientos en tres maneras. La primera, llamemos *actos de amor* y conocimiento de Dios. La segunda, llamemos *actos unitivos* ó heroicos. La tercera, llamemos *actos anagógicos*, ó movimientos anagógicos. Estas tres maneras de actos difieren como más y ménos perfectos: por-

que los primeros son los que proceden de nuestro entendimiento y voluntad, ayudado con la divina gracia, y son más remisos y flacos; los segundos son más eficaces y más fuertes, y disponen y guian para la union; los terceros son los que nacen de la misma union, de que trataremos despues en el capítulo de la *Mística Teologia*. Y aunque hacemos esta diferencia de nombres para más claridad, llamando á los primeros actos de caridad, á los segundos actos unitivos y á los terceros actos anagógicos, todos tres se llaman actos de caridad, pues encienden ó

nacen de la caridad, y actos unitivos, pues disponen ó nacen de la union, y movimientos anagógicos, que en griego quiere decir movimientos altos. Sube, pues, el alma lo más alto que puede y con la mayor eficacia y á lo más que puede desear, no contentándose con bajos deseos y pocas cosas, sino deseando y entendiendo lo más que puede. Y porque las palabras declaran muchas veces nuestros pensamientos y deseos, quiérolos reducir á tres maneras de tres palabras.

La primera, lo que dice San Pablo: *Quoniam ex ipso, et per ipsum, et in ipso sunt omnia;*

ipsi honor et gloria in secula seculorum, amen. Que quiere decir: porque de Él, y en Él y para Él son todas las cosas, á Él sea dada la gloria y honra en los siglos de los siglos, amen. En esta autoridad hay cinco palabras. La primera, *ex ipso*, que significa quien ora; porque cuando el alma se pone en oracion, considera que el que ora, y de quien salen estos pensamientos y deseos, es Cristo, que está dentro de sí: y así, al punto que se pone en oracion, hace cuenta que su propia alma, llena de pecados, é indigna de hablar con Dios, se ausenta de allí, y en su lugar en-

tra Cristo para orar, pensar y desear, y ya los pensamientos y deseos sean como los que tuviera Cristo. De manera que en este Cristo, que está orando en mí, considero cinco cosas, que son como aquellos cinco panes con que Cristo hartó las compañías y sobraron los doce canastillos. Y porque *pan* en griego quiere decir *todo*, llamemos á estas cinco cosas cinco *todos*. El primero, toda la divinidad en Cristo, que es toda la divinidad de Dios con todos sus atributos. El segundo, toda la humanidad de Cristo con todas sus potencias, llagas y merecimientos. El tercero, la

Virgen Maria con todos sus pensamientos, palabras y obras. El cuarto, todos los ángeles del cielo. El quinto, todos los santos y justos del cielo y de la tierra. De estos cinco *todos* contenidos en Cristo, en cuya persona el alma pide y desea, nacen unos divinos clamores tan impetuosos y eficaces, que, como actos grandes y heróicos de la voluntad, pueden alcanzar todo cuanto pidieren y levantan el alma á la soberana union.

In ipso, la segunda palabra de San Pablo, nos declara á quién hemos de pedir, con quién hemos de hablar, pensar

y desear, que es el mismo Cristo, principalmente en el Santísimo Sacramento: el cual, considerado en el cielo, ó en el altar, ó en nosotros mismos, contiene los mismos cinco panes, ó cinco *todos* que arriba dijimos, con quien hablamos, conviene á saber, la Divinidad, Humanidad, la Virgen, los Angeles y los Santos; y cuando esta divina masa de estas cinco cosas se considera dentro de nosotros, y que el mismo Señor es el que pide á Sí mismo, y Él mismo es á quien se pide con aquella soberana union, crece tanto la confianza en nuestros pensamientos y de-

seos, que los actos de la voluntad y entendimiento, que de allí proceden, se pueden llamar altísimos y heróicos.

Per ipsum, la tercera raiz de estos divinos actos, contiene los méritos de Cristo: Él mismo pone delante al mismo Cristo para alcanzar todo lo que quisiera de sí mismo. Y así, olvidada el alma de sus buenas obras, para no confiar en ellas, y de todos sus pecados, para que no le abatan ni desanimen, pide á Cristo *per ipsum*, que quiere decir, por quien es Dios, y por las excelencias divinas; y lo segundo, por los merecimientos y pa-

sion, obras, palabras y pensamientos que tuvo y tiene Cristo; lo tercero, por todos los merecimientos y virtudes de la Virgen Maria; lo cuarto, por los de los ángeles; lo quinto, por los de los santos y justos. Porque así como todas estas cosas, conviene á saber, Divinidad, Humanidad, Virgen, Angeles y Santos están en Cristo, así se juntan en Él todos los méritos; los cuales méritos son tan grandes que levantan sumamente el espíritu y suélese decir tambien de palabra: *Protector noster aspice Deus, et respice in faciem Christi tui.* Amparo y Señor Dios

nuestro, míranos y óyenos, no por nuestros merecimientos, sino por los de tu Hijo, Cristo Jesus, en quien están todos los merecimientos y razones de confiar que te ponemos delante.

Sunt omnia, la cuarta raiz de los actos heróicos, es no contentarnos con pedir pocas cosas, sino todo aquello que se entiende que quiere y puede darnos Dios; y todo lo que pedirian y desearian Cristo Jesus, su Madre y todos los ángeles y santos y justos de la tierra. Porque el que pide es infinito, y á quien se pide es infinito, y el medio por que se pide son infinitos méritos, y

así no se contenta el alma con menos que con estos cinco *todos*. Y esta manera de pedir, harta y satisface al corazón. Aunque á la verdad, después que la ha propuesto á Dios, así en comun revuelve á los particulares que ha menester, como el bien de la Iglesia, á la salvacion de su alma, etc. Y los más ordinarios deseos particulares, son las siete peticiones del Padre nuestro.

Ipsi honor et gloria, la quinta raiz de los actos heróicos, es para quien se pide. Porque el alma, olvidada de sí, ya no pide nada para sí, sino todo para Dios, conviene á saber,

su honra y gloria, y que Dios Cristo, y la Virgen, Angeles y Santos sean honrados, glorificados, amados y servidos como merecen, etc. Y como el fin de la peticion, y el Señor para quien se pide, es tan alto, los actos son altísimos. Con este modo se edifica la ciudad de Jerusalem, de quien dice David: *Ierusalem, quae aedificatur ut Civitas, cujus participatio ejus in idipsum*, como quien dice: la edificacion de Jerusalem nace de Cristo, en Cristo, por Cristo y para Cristo.

La segunda manera de llegar á los actos heróicos, se contiene en los tres panes que

el amigo pide á su amigo para convidarlo, diciendo: *Préstame tres panes*. Estos tres panes son tres *todos*, que el alma pide y desea, contenidos tambien en estas palabras: *Gloria Patri, et Filio, et Spiritui Sancto*. El Padre, como Criador, es glorificado y honrado con que todas las criaturas alcancen todos los bienes temporales y espirituales, que tienen menester para vivir y salvarse. El Hijo, como Redentor, se glorifica con que todas las obras y misterios de la redencion sean conocidas y estimadas y se aprovechen de ellas los hombres como conviene; y

así el alma, cuando da gloria al Hijo, desea que, como Redentor, sea conocida su luz evangélica y guardada y estimada como conviene, y sus sacramentos, su vicario el Papa y su Iglesia romana, etc., sean reverenciados y obedecidos, y que todo el mundo se aproveche y salve mediante la sangre de Cristo, aplicada en los sacramentos y distribuida por las llaves de Pedro. El Espíritu Santo, á quien se atribuye la gracia y el amor, es honrado con que todas las almas vivan en estado de gracia, y alcancen virtudes, y se perfeccionen como Dios quiere. Y así, en es-

tas tres palabras: *Gloria Patri, et Filio, et Spiritui Sancto*, se contienen los tres altísimos deseos de los actos heroicos que el alma puede hacer para subir á la union.

El tercer camino de estos mismos actos heroicos se declara en estas tres palabras. *Jesus, María y José*. En la primera de *Jesus* se contienen quince altísimos deseos de cinco cosas, en cada una tres, conviene á saber, de Dios, de Cristo, de la Virgen María, de los ángeles y de los santos. A cada una de estas desea el alma tres bienes. El primero, que sea quien es, como es, que-

rer y desear que Dios sea Dios, que Cristo sea unido con la Divinidad, que la Virgen sea Madre de Dios, que los ángeles sean bienaventurados y que los Santos sean santos. El segundo, que estos cinco tengan las virtudes y perfecciones que tienen. El tercero, que gocen de la gloria que poseen. Y porque el alma cuando ama quiere bien, y querer bien es desear bien para el amado, y esto es el mayor bien que puede desear; y porque el desear bien á quien no le tiene y le falta lo que se le desea, es sin condicion, como cuando yo desee la gloria eterna sin condi-

cion ninguna, digo: «Señor, quiero mi gloria, dámela», mas cuando el bien que deseo le tiene la persona para quien le deseo, entonces le deseo con condicion, como cuando deseo que el que es rey sea rey, no le deseo el reinado absolutamente, sino con esta condicion: si no fuera rey y en mi mano estuviera darle el reino que tiene, se lo diera de muy buena gana, etc. De la misma manera, cuando deseamos á Dios que sea Dios, de dos maneras lo deseamos. La primera, alegrándonos de que Dios sea Dios, y dándole gloria porque es Dios. La segunda, condicio-

nalmente, diciendo: «Señor, si Vos no fuerais Dios, y en mi mano estuviera daros el ser Dios, de muy buena gana os lo diera». Conforme á aquello que decia San Agustin: «Señor, si yo fuera Dios, y Vos fuerais Agustin, yo os diera el ser de Dios y me quedara con el ser de Agustin». Y estos son los altísimos actos y heróicos de amor en que se ejercita el alma, y por ellos sube á la soberana union.

2—Union del alma con Cristo.

Porque he escrito muy largo en otra parte de esta materia,

solamente diré aquí con resolución tres puntos acerca de la union. El primero, qué cosa sea union. Es una junta del alma con Cristo, así como cuando en una nube entran los rayos del sol, que se pone arrebolada y parece el mismo sol, ó como cuando el sol entra en un espejo, que dentro del espejo y junto con él está el sol, y causa como otro sol pequeño que está dentro; ó como cuando el hierro ardiendo tiene dentro de sí al fuego, que está hecho un fuego sin la dureza, frialdad y oscuridad que antes tenia cuando era hierro frio. Y así como el arco de

Joas, que tomaba Eliseo con su mano para tirar las saetas, hacia un solo tiro de Eliseo y Joas, así el alma unida con Cristo hace un deseo y un pensamiento que nacen de Cristo en el alma.

Esta union se divide, lo primero, en union que viene con arrobamiento y enajenacion de potencias; y en union despierta y sin raptó, que es cuando la misma alma ejercita juntamente con Cristo los pensamientos y deseos.

Esta union despierta y ejercitada, unas veces es de sola la voluntad cuando ésta se conforma con la voluntad de Dios

y le renuncia en ella, queriendo lo que Dios quiere, y aborreciendo lo que aborrece; y esta es la union esencial y que hace al caso, aunque las demás potencias estén rebeldes. Otras veces se une tambien el entendimiento con el de Cristo, cuando el alma no admite pensamiento consentido, indigno del pensamiento que Cristo tuviere; y digo consentido, porque los primeros movimientos no están en nuestra mano. Lo tercero, se suele tambien unir la imaginacion y apetitos, cuando despues de mucha mortificacion están sujetos á lo que la razon ordena.

Lo cuarto, se unen las palabras con las de Cristo, cuando el alma procura no hablar palabra que Cristo no hablara. Lo quinto y último, se unen las obras nuestras con las de Cristo, cuando el alma procura hacerlas semejantes á las que Cristo hiciera si estuviera en la edad, estado y salud en que la persona está. Y aunque es verdad que mientras estamos en esta vida no se puede caminar tanto que se llegue á lo último de esta jornada de la union, mientras más fuerzas pusiéremos en caminar á ella, mayor perfeccion alcanzáremos.

Cinco géneros hay de union.

El primero, union de semejanza, que propiamente es imitacion de Cristo. El segundo, union de cercania, que es traer el alma cerca y presente á Dios, donde nace la presencia de Dios. El tercero, union de apegamiento con Cristo, quando el alma se arroja en sus divinos brazos, de donde nace la confianza. El cuarto, union de conversion mediante el fervor de la caridad, de donde nace el trueque divino que el alma hace con Cristo, quando toma las cosas de Cristo como propias suyas, y sus cuidados arroja en el corazon de Cristo. El quinto, union de vida, quando

vive en Cristo, de que diremos en la última parte de esta jornada.

El alma que pretende esta union y que goza algo de ella, tiene la oracion que llaman *en nombre de Cristo*, y alcanza todo lo que quiere y llega al gozo cumplido, segun aquellas palabras del mismo Señor: *En verdad os digo, que todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, lo alcanzareis; hasta ahora no habeis pedido nada en mi nombre: pedid y recibireis para que vuestro gozo sea cumplido.*

Este pedir en nombre de Cristo, acaece de cinco maneras. La primera, cuando pedi-

mos lo que pidiera Cristo, que son las cosas que convienen á nuestra salvacion, y él nos enseñó á pedir con siete peticiones en el Padre nuestro. La segunda, pedir al Padre Eterno como enviados y mensajeros de Cristo. La tercera, pedir lo que nos conviene á nosotros, porque redundá en honra y gloria de Cristo. La quarta, sin acordarnos de nosotros ni pedir para nosotros, pedir para solo Cristo, como procuradores suyos, olvidándonos de todas estas cosas propias. La quinta, pedir como si Cristo pidiera en nosotros, y fuésemos el mismo Cristo que pide,

representando su misma persona, como hace el representante que, vestido de vestiduras reales, dice las palabras y hace las acciones que hiciera y dijera si fuera el mismo rey; y ésta propiamente se llama oracion unitiva.

3—Vida en Cristo.

Lo supremo de la union y la cumbre de la oracion, que algunos llaman contacto de la Divinidad, centro del alma, alteza de amor donde se halla el amor seráfico, contiene tres partes. La primera, podemos

llamar morar Dios en el alma; y para declararla es bien traer á la memoria aquellas palabras de San Juan: *El que me ama á mí, guardará mis mandamientos, y mi Padre le amará, y yo le amaré, y vendremos á él, y haremos morada en su corazón.* En estas palabras es de notar que el principio de esta vida en Cristo, es el amor con que el alma ama á Dios; el medio, que Dios ame al alma; y el fin, que Dios venga á morar en ella. Vienen las tres personas divinas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, á morar en el alma que vive en Cristo, enriqueciéndola el Padre con pureza,

fortaleza y firmeza; el Hijo con luz, atencion á la oracion vocal y presencia de Dios; el Espíritu-Santo, comunicándole más amor de Dios, amor del prójimo, y amor de los enemigos en más abundancia que antes tenia. Y al tiempo que estas tres divinas personas vienen, se abren en el alma tres puertas. Una en la memoria, por donde entra el Padre, mediante tres ejercicios de la propia alma que nacen de la memoria, cuales son: el primero, la potencia que nace de la memoria de los pecados pasados; el segundo, la mortificacion de la memoria de las pasiones é imperfeccio-

nes presentes; y el tercero, el hacimiento de gracias que nace de la memoria de los beneficios recibidos. El entendimiento abre tambien otra puerta y quita tres cerraduras, con tres consideraciones: la primera, consideracion de Dios y de las cosas divinas para adorarlas; la segunda, conocimiento de las virtudes y perfecciones para seguirlas; la tercera, consideracion de los pecados y faltas para quitarlas. La voluntad abre tambien su puerta con tres determinaciones de tres buenas vidas, conviene saber: vivir bien para consigo mismo, para con el prójimo y para con

Dios. Cuando estas tres puertas se abren, nacen de allá dentro del alma como tres ríos: uno de cristal, con que se llega á la pureza levantada; otro de luz, con que el alma alcanza la luz que llaman inaccesible; y otro de fuego, donde llega al amor seráfico. Y esta morada de las tres divinas personas en el alma, es la primera parte de la vida en Cristo.

La segunda es la transfiguración, transmutación ó transformación del alma en Cristo, cuando levantada sobre sí, como sobre un divino monte de Tabor, mucho más de lo que ella puede alcanzar á entender,

ni obrar por sus fuerzas, el rostro de su entendimiento se pone más resplandeciente que el sol, porque no sólo recibe rayos de luz para quedar resplandeciente en sí, sino también para alumbrar á otros, las potencias se ponen blancas como la nieve, así como las vestiduras de Cristo en la transfiguracion se pusieron blancas, porque todas ellas cesan de mal obrar, y se emplean en buenos actos, y se halla el alma como si viviese entre los santos del cielo con la conversacion celestial y vida bienaventurada que luego diremos.

Es esta bienaventurada vida y conversacion celestial, una imitacion de la vida eterna y lo más supremo á que el alma puede llegar en esta vida. Porque así como el cuarto elemento del fuego es como el cielo empíreo, llamado cielo de fuego, y es lo supremo de esta region elemental que está inmediata á la luna, así esta vida celestial de la tierra, de que hablamos, es lo más parecido que hay á la vida de la gloria del cielo y lo supremo de esta vida mortal.

Hallamos que en la gloria eterna los bienaventurados gozan de doce partes, que tiene la

bienaventuranza; y de otras que se les parecen, gozan los que llegan á esta suprema cumbre de la vida en Cristo. Primero: los del cielo ven la esencia de Dios, que se llama vision beatífica. Estos bienaventurados de la tierra (aunque no ven la esencia divina) suben á lo más alto de la contemplacion. Segundo: los del cielo aman á Dios con gozo que se dice fruicion. Estos llegan á un grado de amor que todo les es gozo y alegría; porque se conforman en cualquier suceso que les venga con la voluntad de Dios, y nada les da pena de lo que ven que Dios

quiere y hace. Tercero: los del cielo poseen á Dios con seguridad, que llaman los teólogos *comprehensio*. Estos (aunque no puedan tener seguridad, porque no la hay en esta vida) de no poder tornar atrás y pecar, pero con la *perfecta caridad se espele de ellos* de tal manera el *temor*, que *viven en los tabernáculos de confianza y riquísimo descanso*, que dice Isaías.

Y así como los del cielo gozan de tres coronas, conviene á saber, corona de mártires, de vírgenes y confesores; así los que llegan á esta cumbre alcanzan tres premios, que se

parecen á los de las tres coronas. El primero, no sentir los trabajos por los muchos actos de paciencia que han hecho en la vida pasada, que es como la corona de martirio. El segundo, no sentir tantas tentaciones ni movimientos de la carne, que se les da por haber guardado mucho tiempo y con mucha fuerza la castidad. La tercera, el gozo de ver que se conviertan almas á Dios, que es semejante á la corona de los confesores.

Y así como en el cuerpo del bienaventurado hay cuatro dotes, que se llaman *impasibilidad, sutileza, claridad y ligere-*

za, así parece que alcanzan los de esta vida en Cristo (aun en el mismo cuerpo) tales disposiciones, que viven con salud, que les nace del contento de la oracion. Y sienten ligereza para las obras de virtud, y una sutileza y claridad en sí mismos que les parece que ya son otros de los que éran.

Y así como los bienaventurados tienen en sí *plenitud, hartura y henchimiento de todos los bienes* y gustos posibles, así á éstos les parece que todo les da gusto y contento lo que Dios hace ó permite, y gozan del henchimiento del alma, que es el más excelente

de los gustos y regalos espirituales. Y, finalmente, viven en compañía y conversando con los santos del cielo, aunque moran acá en la tierra, que hemos llamado *conversacion celestial*.



CAPÍTULO IX

En que se trata de la jornada de la via unitive que se llama Mística Teología. Declárase qué sean movimientos anagógicos; niebla y oscuridad divina; silencio interior y total anihilacion; y, fnalmente, éxtasis y raptos.

1—Movimientos anagógicos.

En la bienaventuranza de la gloria, lo primero es la vision de la divina esencia, y en ella consiste lo esencial de la bienaventuranza, que no la fruicion y deleite del amor; mas en esta vida, cuando se llega á la suprema y última jornada

de la vía unitiva, primero es lo supremo del amor y la union del alma con Cristo que lo supremo de la luz y conocimiento, porque como estamos en estado de merecer, con los actos del amor y voluntad merecemos más que con los del entendimiento.

Hay dos maneras de conocimiento y luz. La primera, obrada por el mismo entendimiento, ayudado con la fe ó con la ciencia natural, y con el discurso, meditacion y contemplacion, de donde nace el amor, el cual juntamente con el mismo amor va aumentando la luz hasta que llega la vo-

luntad á lo supremo del amor, que es la union. Otra manera hay de conocimiento que nace de la misma union y viene al entendimiento sobrenatural y divinamente, cuando el alma está unida, y no antes. Y este conocimiento y luz se llama *Mística Teología*. El ejemplo es claro: para poner el espejo de cara al sol, y que se imprima en él la figura del sol, es menester alguna luz con que se vea el espejo y se vea el sol y veamos cómo aplicaremos el espejo al sol; mas despues de impreso el sol en el espejo, y unido con él, de esta union nace en el espejo un nuevo res-

plandor que antes no tenia: con el cual queda el espejo más resplandeciente y envia de sí rayos que deslumbran y ciegan la vista de los ojos á quien dan. Y muy diverso es este segundo resplandor, de aquel de la primera luz con que aplicamos el espejo al sol.

De la misma manera acaece en el alma (que es como un espejo en quien se imprime, y con que se une Cristo Jesus), que primero con la luz de que hemos tratado en toda la vía iluminativa, y en los actos unitivos de que hablamos en el capítulo pasado, el alma se une y junta con Dios, y esta

es la primer luz; mas despues de unida resulta en el alma un divino resplandor de más alto conocimiento, que se llama por San Pablo *divina sapientia*, y por San Dionisio *Mistica Theologia*, y los actos del entendimiento que de ella nacen llama San Dionisio *movimientos anagógicos*; y porque este nombre *acto anagógico* quiere decir acto subido ó levantado, derivándole del verbo griego *anagogin*, que quiere decir subir á lo alto, algunos llaman movimientos anagógicos á los actos heróicos y unitivos de que hablamos en el capítulo pasado. Mas para ir con más cla-

ridad, llamemos movimientos ó actos anagógicos á este conocimiento de la Teología Mística, al cual se reducen las visiones, revelaciones y profecías, no porque sea necesario que todos los que tienen visiones, revelaciones y profecías hayan llegado á la union del alma con Cristo, ántes suele acaecer que pecadores (como Balaan y Caifás) han tenido revelaciones y profecías, sino porque estas maneras de conocimiento son tan altas que quiero tratar de ellas en este lugar, reduciéndolas á estos movimientos anagógicos.

Vision, propiamente hablan-

do, es del sentido de la vista exterior de nuestros ojos; y porque es tan clara y manifiesta la vista exterior, se llaman *visiones* las mercedes sobrenaturales que Dios hace á las almas cuando descubre con figuras lo que les quiere enseñar. Estas visiones son de tres maneras. La primera, visiones exteriores, como *la zarza que vió Moisés*. La segunda, visiones interiores é imaginarias, como las del *Apocalipsis* de San Juan. La tercera, visiones intelectuales, que tambien se llaman profecías, como las que tuvieron los profetas.

Revelar quiere decir quitar

el velo ó descubrir alguna cosa como cuando una imagen está tapada con un velo, que quitándola el velo delante se ve la imagen; y, segun esto, podemos llamar *revelacion* á la misma vision, cuando Dios da á entender al que tiene la vision lo que significa, como la del *Apocalipsis* de San Juan: que Apocalipsis en hebreo quiere decir revelacion, y porque San Juan entendia lo que significaban sus visiones, se llaman Apocalipsis ó revelacion. Mas cuando Faraon veia las vacas gordas y flacas, y Nabucodonosor la estatua, y no entendian lo que significaban,

podemos decir que tenían visiones; y lo que significaban aquellas visiones de las vacas y estatua se reveló á José y Daniel, que les declararon sus visiones.

Profecía es lo mismo que vision ó revelacion de cosa oculta y escondida. Y estas son de tres maneras, conviene á saber: profecías de pretérito, como la de Moisés cuando vió la creacion del mundo; profecías de presente, pero en diverso lugar, como cuando Eliseo que veia que Giezi tomaba los dones de Namán Siro, aunque estaba ausente de donde Eliseo le podia ver; profecías de

futuro, como la que dice Isaías, *una virgen concebirá y parirá un hijo, etc.* Aunque es verdad que los santos y las divinas letras muchas veces llaman á lo mismo vision, revelacion y profecía.

**2.—Silencio interior, tiniebla divina
y anihilacion total.**

Así como para introducirse la forma del fuego conviene que de todo punto falte la frialdad, así para que el alma llegue á esta soberana y divínísima ciencia y á este supremo resplandor de la divinidad, conviene que cese de todos los ac-

tos interiores y exteriores que las potencias del alma hacen con sus propias fuerzas. Esta cesacion de actos se llama *silencio profundo*. No queremos decir que el entendimiento deje de entender, y la voluntad deje de amar, porque si eso fuese no seria obra meritoria, sino que aquella luz última que recibe el entendimiento despues de la union, no le viene ni la alcanza por su consideracion y discurso, sino por estar la voluntad unida con Dios.

La *niebla interior* ú *oscuridad divina* es un deslumbramiento y ceguedad que viene al entendimiento, cuando lle-

ga á tan alto grado de entender, que penetra no ser Dios tan bajo que el entendimiento le pueda alcanzar en esta vida, sino otra cosa mas excelente y mas alta que ha menester lumbré de gloria para verle. Como si un hombre entrase en una sala donde ve muchas alhajas y supiere de cierto que hay otra sala más adentro donde hay mayores riquezas, y en medio de estas dos salas hubiese un callejón oscuro, y este hombre, con la codicia de ver las riquezas de la segunda sala, saliese y dejase la primera, pero no pudiendo llegar á ver la segunda, porque tiene

cerrada la puerta, se quedase en el callejon oscuro, teniendo en más estarse en aquella oscuridad, porque está cerrada la segunda sala, que no gozar de la luz con que veia los trastos de la sala primera. Así nuestro entendimiento, despues de haber entendido de Dios y de las criaturas lo que puede alcanzar por sus fuerzas naturales, discurso y meditacion, cuando llega el alma á estar unida con Cristo, de aquella union le nace un deseo de querer ver con mayor luz otras cosas de Dios más altas y más excelentes; pero como no puede alcanzar á verlas en

esta vida, sin que llegue en la otra á estar alumbrado con la lumbre de gloria, quédase en aquella oscuridad y tiniebla, juzgando que Dios es infinitamente mayor de lo que el hombre puede alcanzar y entender; y por esta causa dice San Dionisio: *Caligo divina est inaccessibilis lux*. Corresponde esta divina oscuridad al rendimiento de la fe, que tiene el alma cuando, sabiendo que no puede alcanzar por sus propias fuerzas los misterios de la fe católica, se ciega y rinde á no quererlos escudriñar ni entender, sino creerlos á pie juntillas, como dicen.

Anihilacion total es cesar la voluntad de todo punto de querer cosa que no sea Dios, olvidando y dejando todas las criaturas, y arrojándose en los brazos de solo el Criador, y así dice: *Deus meus, et omnia: dilectus meus mihi, et ego illi.* No quiero decir en esta doctrina que el alma aparta la voluntad del amor de la Virgen María y de los Santos, y del cumplimiento de la ley divina, aunque esté unida con Cristo, sino que, despues de estar así unida á todas estas cosas y á todos los prójimos, ama y conoce dentro del mismo Dios, y en Dios, y para Dios. Porque

así como en la esencia del Verbo divino están las ideas de todas las criaturas, resplandecientes en la misma esencia divina, y del conocimiento de ellas, y de su esencia el Padre engendra al Verbo, y estas criaturas, cuando están idealmente en Dios, son la misma esencia en Dios, así en esta soberana cumbre de conocimiento y union del alma con Dios, las criaturas que antes se conocian en sí, y se amaban en sí y por sus particulares bienes, ya de hoy adelante se aman en Dios y se conocen en el mismo Dios. Como si estando un espejo redondo

en mitad de un aposento adonde hay muchas personas y muchas cosas que pueden mirar mis ojos, apartase yo los ojos de ellas y los volviese á solo el espejo para mirarlas en él, que viéndolas allí, aunque sea un perro muerto y hediondo, representado en el espejo es amable y da gusto á la vista, y no tiene el hedor, horror y bajeza que tiene cuando le veo y toco en el suelo; y así no solamente la Virgen María y los Santos son amables mirándolos en Dios, pero aún mis enemigos, mirados y amados en Dios, y para Dios, no me son aborrecibles.

Extasis y raptos.

A esta última teología mística se reducen los éxtasis y raptos verdaderos; en los cuales hay tres cosas. La primera, un profundo sueño y abstracción del conocimiento de todas las cosas criadas, cuando el alma se va saliendo por la consideración de las mismas criaturas y entrando en este divino sueño; porque conociéndolas se eleva á mayor conocimiento del Criador, y sube tanto que pierde de vista las criaturas: como quien se echa á dormir, que poco á poco le

van faltando los sentidos; y esto propiamente se llama *éxtasis*, que es salir el alma de sí.

Lo segundo es el *rapto*, cuando sin que el alma vaya considerando las criaturas, ni saliendo y levantándose por ellas á la consideración del Criador, en un instante se halla levantada, abstraída y arrebatada en la altísima consideracion de Dios, como le acaeció á San Pablo cuando iba á Damasco.

La tercera que se suele hallar en el rapto y éxtasis, es la *alienacion de sentidos*, cuando quedan del todo enajenados

y sin ejercitar sus operaciones, que ni los ojos ven, ni el oído oye, etc. Y digo que se suele hallar en el raptó, porque no es necesario para que sea verdadero raptó ó éxtasis que los sentidos se enajenen: como acaecía en los raptos y éxtasis de Cristo Nuestro Señor y de la Virgen María, que aunque se levantaba altísimamente su conocimiento y cesaba de la consideración de las criaturas, no por eso perdían los sentidos ni se les enajenaban.

FIN



ÍNDICE



	<u>Págs.</u>
Introduccion.....	5

Via purgativa.

CAPÍTULO I.—En que se comienza á tratar de la vía purgativa, y se declara su primera jornada, que es la penitencia.....		17
1.—Contricion	id.	
2.—Confesion	23	
3.—Satisfaccion.....	30	
CAPÍTULO II.—De la segunda		

	<i>Págs.</i>
jornada de la vía purgativa, que es la mortificacion	33
1.—Mortificacion exterior.	id.
2.—Mortificacion interior.	37
3.—De la mortificacion ínti- ma y del espíritu.	44
CAPÍTULO III.—De la tercera jornada de la vía purgativa, que es la verdadera obser- vancia de las leyes	
1.—Ley natural.	id.
2.—Ley divina.	53
3.—Ley positiva.	54

Via iluminativa.

CAPÍTULO IV.—En que se tra- ta de la doctrina y ciencia	
--	--

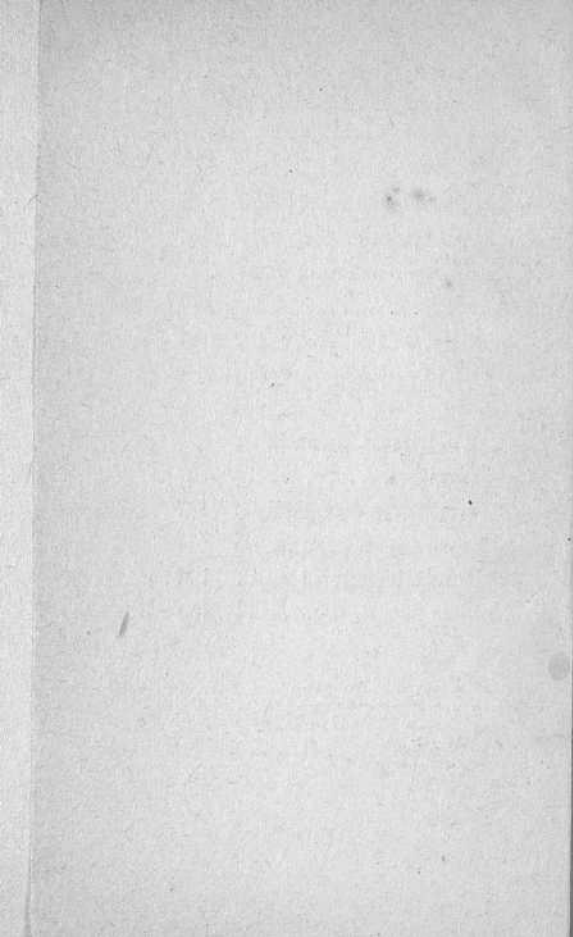
	<u>Págs.</u>
natural conque el alma alcanza luz, que es la primera jornada de la vía iluminativa.....	59
1.—Libros buenos.....	id.
2.—Maestros espirituales....	66
3.—Estudio y discurso natural.....	70
CAPÍTULO V.—De la segunda jornada de la vía iluminativa, que es la meditacion que nace de la fe.....	75
1.—Meditacion de Dios.....	id.
2.—Meditacion de quién es el hombre.....	78
3.—Meditacion de los siete principios de bien vivir....	81
CAPÍTULO VI.—De la tercera	

	<i>Págs.</i>
jornada de la vía iluminati- va, llamada espíritu y con- templacion	83
1.—Luz de oracion	id.
2.—Presencia de Dios.....	98
3.—Dones del Espíritu Santo.	98

Vía unitiva.

CAPÍTULO VII.—De la prime- ra jornada de la vía uniti- va	107
1.—Amor de Dios	id.
2.—Amor del prójimo.....	116
3.—Amor de los enemigos ...	123
CAPÍTULO VIII.—En que se trata de la union con Cristo, que es la segunda jornada	

	<u>Págs.</u>
de la vía unitiva	129
1.—Actos heróicos unitivos..	id.
2.—Union del alma con Cristo to	147
3.—Vida en Cristo	155
CAPÍTULO IX.—En que se tra- ta de la <i>Mística Teología</i> , que es la tercera jornada de la vía unitiva	167
1.—Movimientos anagógicos.	id.
2.—Silencio interior, tiniebla divina y anihilacion total..	176
3. - Extasis y raptos	184



LA ESPAÑA EDITORIAL

EXTRACTO DEL CATÁLOGO

PESETAS

VARIA

Rúst. Tela.

COLOGAN (B. F. de)— Estudios sobre nacionalidad, naturalización y ciudadanía...	12	14
ESTEPA (El bachiller Francisco de)— Los Jesuitas y el P. Mir. (Cartas á un académico de la Española).....	2	2'50
FERNÁNDEZ AMADOR DE LOS RÍOS (Juan).— Los orígenes de la oratoria	3	4
GARCÍA AL-DEGUER (J.).— La prosa castellana. (Desde la aparición del idioma hasta nuestros días). 140 trezcos de 103 obras de 76 escritores, elegidos, ordenados y precedidos de una explicación.....	4	5
GIL (Ricardo).— De los quince á los treinta (poesías).....	4	5
— La caja de música (poesías)	3	4
JONATHÁN LEVY.— El arte de hacer fortuna. (Para uso del aspirante á millonario honrrido).....	2	2'50
ORTEGA MUNILLA (J.).— La viva y la muerta (novela).....	3	4
PARDO BAZÁN (E.).— Al pie de la Torre Eiffel	1'50	2
— Por Francia y por Alemania	1'50	2
REYES (Arturo).— El lagar de la Viñuela (novela).....	3	4
RUANO (J. M. ^a).— El alma (estudios metafísicos).....	3	4

LA ESPAÑA EDITORIAL

JOYAS DE LA MÍSTICA ESPAÑOLA

COLECCIÓN DE VOLÚMENES EN 16.º

(Edición de bolsillo)

1 peseta en rústica, 1'50 en tela.

Van publicados:

El amor en la mística española, por varios.

La vida y la muerte, por Fray Luis de Granada.

Avisos y sentencias espirituales, por San Juan de la Cruz.

Tratado de la tribulación por el Padre Pedro de Rivadeneira.

Disciplina espiritual, por el Beato Juan de Avila.

La paciencia cristiana, por Fray Fernando de Zárate.

El alma en gracia, por Fray Pedro Malón de Chaide.

La cuna y la sepultura, por don Francisco de Quevedo.

Cristo es la paz, por Fray Luis de León.

Justicia y misericordia de Dios, por el P. Juan E. Nieremberg.

Los caminos de la perfección, por Fray Jerónimo Gracián.

BIBLIOTECA POPULAR DE ARTE

COLECCIÓN DE VOLÚMENES EN 8.º

(Con numerosos grabados)

1 peseta en rústica, 1'50 en tela.

Van publicados **32** tomos, que estudian todas y cada una de las *Bellas Artes*, y las *Artes industriales y decorativas*, en sus aspectos histórico y técnico, tanto separadamente como en sus mútuas relaciones.

J. Gracián

LOS CAMINOS

DE

la perfección



1 peseta

rustica.

N.º 50 *tela.*



JT 4798